[358:20]

VIRGINIA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID : 1853.
Imprenta de F. Abienzo.
Calle de Sta. Maria, núm. 32.

A tí, padre mio; á tí que lloras aún
la muerte de mi madre.

Madrid 18 *de noviembre de* 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Zaragoza.

Esta tragedia, representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 7 de diciembre de 1853, es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su consentimiento.

Madrid 8 de Setiembre de 1855.

Sr. D. Manuel Cañete:

Terminada al fin la obra que hasta hoy ha sido mi mayor delicia y mi mas cruel amargura, alimento casi exclusivo de toda mi alma, vuelvo á tí los ojos, Manuel mio, queriendo dar treguas al torturado pensamiento en el blando regazo de la amistad; y así como enfermo que en vano trata de poner en olvido su dolencia, siento que de nuevo se entra por mis sentidos con mas vigoroso empeño aquella dulce enemiga de quien ya me juzgaba libre.

Y cuando no me autorizase á derramar en la tuya mi alma el nudo, nunca aflojado siquiera, de nuestro mútuo y desinteresado cariño, diérame á ello derecho suficiente el indomable entusiasmo y no quebrantada constancia con que, pródigo de tu erudicion y talento en bien de la juventud que siente y crée, procuras disipar las tinieblas y señalar los escollos del traicionero laberinto en donde yacen ocultas Melpomene y Talía.

Ruégote sin embargo, mi querido Manuel, que me perdones si te importuno demasiado, abandonándome todo á las tumultuosas reflexiones que en este momento me absorven y dominan á pesar mio.

¿Qué es Virginia? ¿Qué deberia ser la tragedia para conseguir carta de naturaleza en la España de 1855?

Perdidamente enamorado de un género de literatura que siempre ha sido rey en la escena, y deseoso de que alguno de los jóvenes que tanto me aventajan en habilidad y talento, dé cumplida cima á lo que yo vanamente hubiera intentado, juzgo ademas oportuno trasladar á esta carta, que tú, sin duda, me permitiras hacer pública, los no infundados recelos que son ágrio fruto de mis reflexiones.

Las tragedias de Cienfuegos, el *Pelayo* de nuestro gran Quintana, y el *Edipo* de Martinez de la Rosa, superior acaso á los de Sofocles y Voltaire, son preciosas joyas de la literatura nacional; Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, Don

José Diaz y otros, han cultivado este género recientemente; el bellísimo drama del señor Cervino títulado *Sara* puede considerarse, á mi juicio, como un paso muy feliz en la regeneracion de la tragedia;—pero no bastando á destruir una regla algunas escepciones honrosísimas, puede asegurarse que la tragedia clásica no vive en nuestra literatura.

¿Por qué nunca ha podido aclimatarse en nuestro suelo el que siempre ha sido considerado como el mas perfecto, el mas noble linage de poemas dramáticos?

La obra concluida hoy por mi pluma tosca y desmayada es una tragedia.—Si la condena el público ¿no habré contribuido, por mas que se tenga en cuenta mi incompetencia, á robustecer la opinion, apenas combatida, de que la tragedia no puede sostenerse en la escena española, retrayendo tal vez del plausible propósito de probar lo contrario á mas expertas y vigorosas plumas que la mía?

Este doloroso temor, amigo del alma, me obliga á declarar en alta voz que mi Virginia no es lo que en mi concepto deberia ser la tragedia para lograr alzarse victoriosa en la España de nuestros dias; y aun cuando no ignoro que en tan asendereada cuestion nada nuevo puede decirse, deber mio es recordar en este sitio algo de lo que todos saben, manifestando á la vez mis propias opiniones, aun cuando haya de ser con el desórden natural en quien escribe sin prévio análisis ni coordinacion de ideas.

Hija la tragedia francesa de la tragedia antigua, quiso seguirla paso á paso, en cuanto era posible hacerlo asi, dada la distinta índole de dos épocas tan separadas. Este sistema, merced al poderoso númen de Corneille y de Racine, al comun acierto de sus innumerables émulos é imitadores, y á los respetables preceptos de la crítica, escudado por el venerando ejemplo de la antigüedad, y despótico señor de la literatura del portentoso siglo XVII en Francia, dió leyes al mundo y redujo desgraciadamente la tragedia clásica á la triste condicion de planeta estacionario.

¿Carece, por ventura, de defectos, no es susceptible de mejora este tipo de belleza que, realzado en el teatro griego por el candor y la virginidad del reciennacido, es hoy contumaz y gastado caduco?

Yo creo firmemente que en las bellezas parciales de sus obras llegaron los griegos á un punto de perfeccion que no se ha sobrepujado, ni aun igualado despues; pero creo tambien que para que la tragedia conquiste en nuestros dias el puesto preferente que le corresponde, es fuerza romper la cadena, que en cierto modo une aún la tragedia moderna con la antigua, si bien las que en esta son bellezas indudables, han mudado naturaleza, y son en aquella defectos, de los que nunca perdona un auditorio del siglo XIX.

Los coros, profusamente prodigados en el poema trágico

de la antigüedad, y enteramente agenos al argumento de la fábula, contribuian á estrechar mas y mas la accion casi siempre esclavizada por las unidades de tiempo y de lugar Reducido el poeta á trazar un solo momento de la vida de su héroe, el dolor tampoco tenia por lo comun mas que una sola manifestacion; y exento las mas veces el poema de la peripecia, que consiste en el cambio de la situacion moral de los personages, adolece necesariamente de cierta monotonía y languidez. Los griegos trazaban en sus obras, mas que humanos, ciegos instrumentos de los dioses, que, libres de combates consigo mismos, caminaban derechos á su fin, sin estorbo ni detencion alguna; resultando de aqui que, considerados los caractéres y los sentimientos como un efecto de la fatalidad, carecen de variado y profundo desarrollo, y el poema en general de aquella importancia moral y filosófica que tanto le enaltece convirtiéndole al ejemplo y enseñanza de las naciones. El teatro en Grecia, por otra parte, tenia un carácter esencialmente político y religioso, y el poeta no necesitaba redoblar sus esfuerzos para interesar y conmover á la multitud, seguro de lograrlo al recurrir a la superstucion, ó al ensalzar los hechos de los mas ilustres antecesores de un pueblo tan virgen y entusiasta. Aun el mismo teatro contribuia a facilitar la ilusion. El teatro antiguo, segun las palabras de Saint-Marc de Girardin, tenia por techo el firmamento, y por decoraciones las montañas y los mares; y cuando Ayax saludaba al sol por última vez, el sol brillaba efectivamente en el cielo, iluminando el rostro moribundo del héroe y las afligidas miradas de los espectadores; y cuando exclamaba: « Salamina, suelo sagrado de mi tierra natal », estos podian ver á Salamina y su golfo esclarecido; y cuando decia: «Bella y gloriosa Atenas, dulce hermana de mi patria »; Atenas entera estaba delante de sus ojos. El poeta en la antigüedad todo lo hallaba virgen, y tenia á su disposicion el cielo, el mundo y el infierno: los espectadores abrian el desnudo pecho á todas las impresiones que queria hacerles experimentar, y libre de crecido número de rivales, lograba fácilmente espontánea y duradera admiracion.

De todos estos elementos combinados nacieron las bellezas que tanto nos admiran, y los que no pudiendo llamarse defectos en el teatro antiguo, lo son aún imperdonables en el teatro clásico moderno.

Los franceses y los italianos, sin tener en cuenta que la índole especial de un género de literatura cualquiera nace del influjo que sobre él ejerce el espíritu de una época dada, se amarraron gustosos con la triple cadena que muchas veces no habia pesado sobre la Melpomene antigua; restableciendo y aumentando las opresoras trabas, y atentos muy particularmente á despojar los caractéres y las pasiones de todo movimiento y variedad. Y como la sencillez de los griegos no era ya natural entre los escritores de los siglos XVII y XVIII, resultó que, degene-

rando poco á poco la imitacion, lo que en el teatro antiguo fué disculpable trivialidad, magnífica sencillez, y muchas veces vigorosísimo arrebato, vino á ser en Francia, y mas aún en Italia, afectacion, amaneramiento y monotonía.

Firmes en el propósito de dar á la palabra y al sentimiento un tinte convencional de grandeza y decoro afectados, carece este género por lo comun de toda la flexibilidad apetecible; y esta circunstancia, combinada con la pobreza del artificio, hace que todas las tragedias tengan un colorido análogo por cierta semejanza en la trabazon de la fábula y en el modo de hablar, pensar y sentir de sus personages, héroes ó esclavos, grandes ó pequeños.

Los escritores del presente siglo que ponen su mayor conato en dar lógica combinacion al plan de una comedia ó drama, esto mismo es lo que mas descuidan, al tratar de componer una tragedia; y libres, por fortuna, de las trabas que motivan la uniformidad de expresion en la tragedia francesa é italiana, sacrifican, sin embargo, el interés á la monotonía de una sencillez rebuscada, la verdad á una grandeza casi siempre deslustrada por la afectacion. Quizá sin darse cuenta á sí propios, rinden á la tradicion un culto idólatra, y se creen en el deber de despojar la fábulá de la belleza del artificio en su parte material, y del interés que nace de las diferentes alternativas de toda pasion ó carácter en su parte espiritual. Ni juzgo conveniente el que italianos y españoles hayan convertido en razon de belleza, lo que entre los franceses es pura razon de necesidad. Si ellos escribieron y escriben, así la tragedia como la comedia y el drama, en un mismo metro invariable, es porque, como todo el mundo sabe, no tienen otro á propósito; pero cuando los mismos antiguos autorizan lo contrario, ¿á qué encerrarnos nosotros en tan vicioso círculo, con perjuicio notorio del poema dramático, que tanto pierde asi del movimiento y galanura de su forma indígena Esta reforma ya admitida, pero no suficientemente autorizada, contribuiria tambien, sin duda alguna, á españolizar la tragedia, haciendo mas fácil su vencimiento en el teatro.

Quizá no sea posible adelantar un solo paso en el perfeccionamiento de varias de las dotes que ilustran ya la tragedia, levantándola sobre todos los demas géneros de literatura dramática; mas ¿perdería mucho, por ventura, si trocase sus envejecidos defectos por las lozanas cualidades del novísimo poema dramático, dócil al soplo perfeccionador de los siglos? Muchos rigorosos preceptistas prefieren, sin embargo, verla muerta para la literatura de la presente edad, á verla renacer con forma adecuada al espíritu de la época en que vivimos. El ya mencionado y justamente célebre Saint-Marc de Girardin, entre ellos, trata de probar que en lo antiguo todo era acabada perfeccion, y todo imperfeccion en lo contemporáneo; que los griegos pintaban las pasiones con verdadero colo-

rido, y que ahora se equivoca por lo comun el dolor físico con el moral, y en vez del sentimiento, se retrata el instinto. Varios de los parangones que establece para probarlo, me parecen inoportunos, cuando menos; pero, por lo demas, no seré yo el que me atreva á impugnar á los que condenan toda situacion violenta en los productos del entendimiento, y aspiran á proscribir del teatro todo lo que sobresalga un poco del órden mas general de la naturaleza, fundándose en que el exceso del dolor priva al hombre de su manera de ser. Pero ¿cuántos ejemplos irrecusables no podrian citarse en contra de tan sistemática doctrina? Y en el terreno de la realidad ¿cuántos serán los que no hayan sentido mil veces ofuscada y vencida su razon a los rudos embates de las pasiones, siempre tan intranquilas y arrebatadas, que aun dado el carácter mas apatico, la menor contrariedad le lastima y ensoberbece? Y ¿no resultará una enseñanza profundamente saludable de hacer ver el extremo de angustia y degradacion á que puede llegar el hombre, impulsado por una pasion desordenada, no reprimida á tiempo?

Sabido es, mi querido Manuel, que solo la época en que los ingenios florecen, es responsable de un defecto comun á los mas diestros, como á los menos hábiles; y no negaré yo que así como las circunstancias especiales de los autores trágicos en Grecia dió á veces por resultado la trivialidad, así tambien entre los modernos produce á menudo el no menos reprensible defecto de la exageracion, la exhuberancia de vida de la sociedad que los conmueve, y los desesperados esfuerzos que necesitan hacer para g nar, ó no perder un nombre. Hoy apenas halla el poeta un solo carácter, idea ó sentimiento, que no esté ya beneficiado, y tiene que luchar al mismo tiempo con la afectada susceptibilidad de los que solo gustan de ver la superficie del hombre en el teatro, y la de los que todo se lo exigen y se lo vedan todo. Pero ¿cuándo se han trazado con mas delicadeza de expresion, con mas vigoroso colorido que ahora, los mas recónditos arcanos del alma? ¿Cuándo la ficcion ha imitado mas perfectamente la verdad? Triste propension la que nos inclina á despreciar todo lo que existe á nuestro lado, que es despreciarnos á nosotros mismos Yo, el mas humilde de todos, pero mas afortunado que otros muchos, no necesito para divinizar al gran escritor esperar á que desaparezca de la tierra, por mas que pueda ver al hombre con mis propios ojos, tal cual le hayan hecho la naturaleza y la sociedad.

Ni se me diga que la tragedia dejaría de serlo si experimentase modificaciones en el carácter que la ha determinado hasta aquí. Esto equivaldria á querer que la comedia fuese siempre como la de Aristófanes ó Terencio, ó bien como la de Moliere. La tragedia clásica, á mi ver, puede reformarse y regenerarse como la comedia y como el drama

mismo, sin perder el sello peculiar que la distingue; sin confundirse en manera alguna con el drama llamado romántico; sin dejar de ser, respecto de los demas géneros de literatura dramática, lo que el severo y magestuoso ciprés respecto de los demás árboles.

Nada que es difícil puede ser despreciable: ¿cómo ha de poder serlo el artificio dramático? Toda produccion del arte se compone de dos elementos distintos: la estructura y la esencia: el cuerpo y el alma. Cuánto es mas importante la segunda que el primero, no es menester decirlo; pero así como es difícil adivinar un alma hermosa en un cuerpo contrahecho y exíguo, así, en el poema dramático sobre todo, el artificio pobre y mal combinado debilita y encubre las bellezas del pensamiento.

Nunca fue ni será bastante en España para componer una tragedia, inventar dos ó tres confidentes que escuchen impasibles de boca de sus dueños ó se cuenten entre sí lo que haya pasado ó vaya sucediendo en el transcurso de la obra, y un mensagero ó personage episódico que en minuciosa relacion describa su desenlace.

No quiere tampoco el público de nuestros dias ver á Medea, por ejemplo, siempre furiosa é irritada contra su pérfido amante, formar desde luego y llevar á cabo, sin obstáculo moral ni material, el propósito de dar muerte á Creon y su hija, prometida esposa de aquel, para clavar despues el hierro homicida en el pecho de sus propios hijos.

El público de nuestros dias quiere que la accion de la obra dramática se enlace primero para ser desenlazada despues; y no que sea, como sucede en la tragedia puramente clásica, un desenlace prolongado. El público de nuestros dias querría que Medea no fuese solo la venganza: querría que fuese el amor, el sacrificio, el desengaño, el dolor, la cólera, los celos, la muger y la madre, y la venganza al fin triunfadora de todo.

Voltaire mas atrevido que sus predecesores y coetáneos, deploraba ya la esclavitud á que el ingenio se veia reducido en su patria y envidiaba la cualidad soberana del teatro inglés. He aquí el secreto: el teatro inglés habia tenido á Sakespeare por padre, así como el teatro español debia la vida á Lope de Vega y Calderon. El mas alto privilegio de los séres prodigiosos, que verdaderamente pueden llamarse creadores, es el de transmitir su espíritu á las generaciones futuras. El de Sakespeare vivia y vivirá siempre en Inglaterra, como el de Lope y Calderon en España. La rica y portentosa vena de estos tres colosos ha dado un carácter indestructible á entrambas literaturas. La bandera enarbolada por ellos, ondea todavia triunfadora en ámbas naciones sobre las ruinas de la tradicion, proclamando la libertad del ingenio.

Y por otra parte, ahora solo van muchos al teatro á matar el fastidio durante algunas horas, y el autor dramático

se dirige á una multitud, que, al comenzarse la representacion, apenas puede desprenderse de los graves ó ridículos pensamientos que la absorven. La política, en que hoy interviene desde el mas alto al mas pequeño y tanto preocupa á todos; los azares de las operaciones mercantiles, alma de las sociedades modernas; el afan desmedido de medro, que, merced á fabulosos ejemplos de fortunas improvisadas, punza y exacerba á los mas humildes; el necio alarde de no pequeña parte de nuestra juventud de desdeñarlo todo y burlarse del dolor ageno, así en la realidad como en la ficcion; la ridícula manía de los muchos que siempre están dispuestos á satirizar lo humano y lo divino con tal de hacer reir á costa del prójimo; los celos literarios tan enconados hoy, que á veces no perdonan ni á los ingenios mas ilustres; la envidia, prodigiosamente desarrollada y mas despierta que nunca; la impaciencia, soberana absoluta del siglo XIX; todo, todo conspira contra el escritor dramático en la refinada y turbulenta sociedad en que vivimos.

Ahora los buques surcan los mares sin necesidad de viento que los impulse; el wagon vuela inflamado por la llanura destruyendo la distancia; la palabra cruza el espacio en alas del pensamiento; mil y mil portentosos descubrimientos se suceden á la carrera; atropéllanse los trastornos que mudan la faz á los pueblos; todo es agitacion y vida, todo tiene proporciones colosales: el amor y el odio, la cobardía y el heroismo, la perfidia y la lealtad, la frivolidad y el arrebato, el indiferentismo y la abnegacion, la duda y la creencia; y gastada el alma á fuerza de nuevas y terribles impresiones, la sociedad es otro Prometeo, y el ansia de la novedad, buitre insaciable que le devora las entrañas.

Y para conmover el alma y fijar la atencion de un auditorio del siglo XIX, ¿no será preciso retratar su vida, su agitacion, su manera de ser, ese indefinible conjunto de miseria y grandeza, en todo poema que aspire á obtener su aprobacion en el teatro? ¿No será preciso romper, pulverizar las cadenas de la tradicion, haciendo que la tragedia interese y conmueva como el drama moderno, aun cuando pierda algo de su severidad magestuosa?

Ménos desabrida sencillez, más lógico artificio: ménos descriptiva, más accion: ménos monótona austeridad, más diversidad de tonos, más claro oscuro en la pintura de los caractéres: ménos cabeza, más alma: ménos estátua, más cuadro.

Tal debería ser la tragedia, ó mucho me engaño, queridísimo amigo, para lograr carta de naturaleza en la España de 1853.

¿Son estas las alteraciones que me he propuesto introducir en la presente obra?—No me he propuesto introducir ninguna. Exacto regulador de mis propias fuerzas, no he intentado

descubrir un nuevo rumbo; y solo el irresistible incentivo de mis gustos y tendencias particulares me ha impulsado á hermanar algun tanto en ella el elemento moderno con el antiguo.

Decidido á ensayarme en el género de que se trata, y creyendo que esta tragedia mejor que otra alguna podría tener en nuestros teatros ventajosa interpretacion, por la índole especial de los personajes que en ella figuran, dí principio á tan árdua tarea con el calor de un entusiasmo vírgen todavia, y animado, sobre todo, por la firme conviccion de que la excelencia del asunto seria escudo protector á las imperfecciones de su desempeño. El pobre edificio construido por mi débil númen se apoya en dos fortísimas columnas: el amor á la honra; el amor á la libertad. Si mi *Virginia* desagrada, mía es toda la culpa: si por lo contrario alcanza éxito feliz, á aquellos dos sentimientos, tan puros como grandes, seré deudor de toda la gloria.

Muchas eran las tragedias escritas sobre el mismo asunto; pero ninguna de ellas goza de gran popularidad, esceptuando una sola, que tampoco es la obra maestra de su autor. Esta reflexion, y la no menos convincente de que casi todos los asuntos *teatrales* de la historia romana estan beneficiados en multitud de producciones trágicas, me alentaron á arrostrar aquel inconveniente, teniendo tambien en cuenta la circunstancia de ser bastante pálidas y desabridas las *Virginias* trazadas por pluma española. Mairet, Dutheil, Le Clerc, Chabanon, Le Blanc, Campistron, La Harpe, y Latour de Saint-Ibars, en Francia; Alfieri en Italia; el conde Leopoldo en Suecia; y Juan de la Cueva, Montiano y Ledesma en España, entre otros, han presentado en obras dramáticas la muerte de Virginia y la caida del decenvirato. Conozco las de Alfieri, Latour de Saint-Ibars, Leopoldo, Montiano y Ledesma, y la traduccion que de la del primero hizo tan hábil y vigorosamente nuestro erudito Solís. Las otras de que tengo noticias no han llegado á mis manos.

El grandilocuente arrebato de la de Alfieri, los rasgos atrevidos y gran tesoro de bellezas de la de Latour de Saint-Ibars, y las patéticas situaciones de la del conde Leopoldo, hacen resaltar á mis propios ojos las imperfecciones y bajeza de la mia; pero aún me lisongeo de que comparada con las de Montiano y Ledesma podrá sostener con ventaja la competencia.

Alfieri presenta á Virginio por primera vez en la mitad de la obra, sabiendo ya la atroz desventura de su hija; Montiano solo le hace intervenir en el final. Yo he creido, con Latour de Saint-Ibars, que para que despues interesasen hondamente sus dolores era preciso darle á conocer primero como virtuoso ciudadano y amorosísimo padre; prefiriendo parecerme á este último escritor, en la dura alternativa de tener que parecerme á alguno de los que antes que yo habian dado vida literaria á este suceso. Más padre que romano,

tal como sistemáticamente se comprende este carácter, mi Virginio se diferencia por esta circunstancia de los demás que conozco, y creo que, mala ó buena, es creacion que esclusivamente me pertenece.

Lo mismo puedo decir, y tal vez con mas sólida razon, del decenviro Claudio, cuyas fuertes y variadas tintas difieren en todo de las que hasta ahora se habian dado á este personage. Cobarde y temerario á la vez, teme al noble soldado y al antiguo tribuno; teme á Roma; ríndese falto de aliento y vida, no bien se alza delante de sus ojos el airado fantasma de la supersticion, y tiembla de sí mismo; pero ni la tierra ni el cielo pueden detenerle en su carrera, y, simbolizando siempre la obstinacion mas ciega y desordenada, atropella todos los obstáculos y corre de escollo en escollo hasta precipitarse en el abismo.

Icilio, que en la *Virginia* del enunciado trágico francés ha sido eliminado de la fábula, y eclipsa completamente á los demas personages en la de Alfieri, descuella en la mía mucho ménos que cualquiera de los tres en que literaria, histórica y filosóficamente debe de estar reconcentrado el interés de la accion; sin dejar por esto de tener vida propia, como encarnacion del amor á la libertad y del odio á la tiranía.

Tambien he procurado dar á mi *Virginia* distinta esencia de la que anima á las demás, y este es quizá el carácter en que resulta mas visible cierto consorcio del gusto antiguo con el moderno. Sobrio y severo, tiene sin embargo movimiento y variedad. Virginia teme y espera, suplica y manda, llora y resiste, ama la vida y muere. Verificadas las ceremonias con que entre los romanos se efectuaba el matrimonio, Virginia es conducida en mi tragedia, con arreglo á dichas ceremonias, á la casa de su marido. Pero abandónala este, animado por ella misma, antes de haber logrado la casta dicha de llamarse suya; y muriendo vírgen por su honra, creo que el carácter de la que históricamente era prometida esposa de Icilio, no pierde nada con semejante modificacion, ya se le mida con el compás de la historia, ya se le contemple á la luz de la poesía. El cuadro á que podia dar lugar la presencia de la esposa en casa del esposo, parecióme por extremo galano, y supuse á la vez que hacer depositaria á Virginia de su propia honra, de la del padre y de la del esposo, era en cierto modo completar el símbolo y dar al carácter mas vivo interés. Y á ser este un pecado, juzga tú, amigo mio, si pecado tan venial merece absolucion, prévia la penitencia de pedirla que voluntariamente me impongo.

El último acto de mi tragedia y el de la de Latour de Saint-Ibars solo se componen de dos escenas semejantes. Ambas son puramente históricas, y están, por lo tanto, bajo el público dominio. Nadie ignora, mi querido Manuel, que segun la práctica de aquellos tiempos, los acusados, vestidos de luto

y seguidos de sus deudos, se presentaban al pueblo á fin de interesarle en su favor, recordando los servicios que habian prestado á la patria; y muchos historiadores, refieren ademas detalladamente, cómo Virginio y su familia apelaron á este recurso extremo. Esta es la primera de ámbas escenas referidas. Nada debo decir acerca de la segunda, que es la del juicio.

Virginia, al recibir el golpe mortal, exclama dirigiéndose á Claudio: «Tirano, ya soy libre.» Semejante rasgo, que tiene exacta equivalencia en Alfieri y Latour de Saint-Ibars, brotó naturalmente de mi pluma: porque ¿qué ha de decir el padre que mata á su hija para que no sea esclava, ó la muger que recibe la muerte para librarse de la esclavitud? Demas de que dicho rasgo, consignado en la historia por Tito Livio, ha sido formulado de distintas maneras por escritores antiguos y modernos.

Despues de concluida mi *Virginia* me he ocupado en la ridícula tarea de dar diverso giro á varias situaciones y no pequeño número de pensamientos que, como era de todo punto indispensable que sucediese, tenian semejanza con otras situaciones y otros pensamientos de obras agenas sobre el mismo asunto. Si todavia hay en la presente reminiscencias ó imitaciones, culpa es, mas que de un deliberado propósito, de la absoluta imposibilidad de que una *Virginia* escrita en 1853, sea completamente original en la acepcion que hoy se dá á esta palabra. Bástame que lo sea, por mas que coincida á veces con alguna de sus hermanas, en las dotes de expresion, en las mas importantes situaciones, en la pintura de los caractéres, en el plan general de la fábula, en el lazo que une todos los sucesos, y en el espíritu que les infunde ser y vida.

Triste situacion la mia al pesar en mi conciencia lo mucho que el público merece y lo poco que yo puedo darle. Pero fortaléceme el recuerdo de su benevolencia para conmigo en otras ocasiones, y la conviccion profunda de que no puede ser indigna de toda gracia, una obra en que, á vueltas de graves y numerosos defectos, hijos de la inexperiencia y de la escasez de ingenio, brillen como exhalaciones entre nubes el estudio, el entusiasmo, la constancia y la fé.

No es modestia, mi querido amigo, la ridícula hipocresía que ha tomado su nombre y obliga á algunos escritores á condenar préviamente la obra que someten sin embargo al fallo del público. El poeta que, ageno á toda pasion bastarda, acaricia y alberga, en lo mas íntimo de su corazon, la idea fija, compañera inseparable de su ser; ya miserablemente pequeño, ya grande á sus propios ojos; siempre en lucha; muerto para el mundo real, vivo solo para el mundo resucitado por su fantasía,--no puede ni debe condenar hipócritamente la casta concepcion, fruto de incesantes vigilias y de no resarcibles amarguras. La verdadera modestia consiste en la duda, en la horrible

duda que emponzoña el corazon del poeta, y es uno de los mas amargos tormentos de la vida hasta que al fin queda resuelta en la azarosa noche de una primera representacion: noche en que el triunfo es para él una sensacion dolorosísima, porque rendido el ánimo, no se encuentra con fuerzas para soportarla.

Los errores como los aciertos de mi *Virginia* han tenido un mismo manantial: el corazon, que tantas veces nos engaña, y tantas otras nos ilumina. No; no se hallarán en la mia aquellas dotes que mas ilustran las buenas obras de esta clase, y son por lo regular fruto de una vasta erudicion y larga experiencia. Mi *Virginia* no es la obra trazada por la madurez de los años, que todo lo medita y analiza con fria calma, vencedora del entusiasmo la reflexion. Mi *Virginia* es hija de la ardorosa juventud, que siente mas que reflexiona, y se deja arrebatar en ímpetu irresistible, para caer á veces como Icaro despeñada. *Virginia* es hija del ciego entusiasmo, que solo puede retratarse á sí mismo. Yo, como Claudio, me he gozado en escarnecer á un gran pueblo; yo he amado á Virginia con el amor de esposo y con el amor de padre; yo he sentido extremecerse mis entrañas al clavar en su pecho el hierro homicida; yo me he levantado con Roma gritando venganza y libertad, para derrocar al infame opresor. Feliz mil veces, adorado Manuel, ese loco que se llama poeta.

Felices los que nunca conocieron la vana presuncion que ciega los ojos del alma, ni el seco egoismo que solo vive dentro de sí propio, ni la voraz envidia que á sí misma se despedaza. Felices los que, saciado en un mundo ficticio el incontrastable anhelo de sensaciones fuertes y desconocidas que hoy atormenta al hombre, tranquila la conciencia y libres de todo doloroso recuerdo, solo vuelven á la existencia real, para convertir el pecho depurado á sensaciones de tierna piedad y desinteresado amor. Felices los que osan mostrarse á la luz del dia sin la ridícula máscara con que hoy el crímen disfraza á la virtud. Felices los que pueden hacer propia la agena satisfaccion, y dar cabida en su alma á la humanidad entera.

Y dichoso tambien mil veces, con la dicha de ser tu hermano adoptivo,

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Madrid: 19 de diciembre de 1855.

Cuando recibí, Manuel querido, la elocuente epístola con que ha tenido á bien honrarme tu cariñosa amistad, formé deliberadamente el propósito de no decirte acerca de ella la me-

nor cosa, y de remitir al tiempo la respuesta. Cumplida la has recibido ya del público, y tan satisfactoria y envidiable como la esperaba y apetecía el fraternal amor que desde la infancia te consagro. Tu *Virginia* es el mas vivo ejemplo, la mas expresiva confirmacion de la doctrina que estableces en tu carta.

Tragedia, y tragedia revestida de la severa magestad de formas del gusto clásico, tal como ha sido comprendido desde que prevaleció en Europa la imitacion de la dramática francesa, *Virginia* ha conseguido en la primera escena de esta Corte uno de los mas altos triunfos que puede ambicionar el alma, abierta á los nobles sentimientos hijos del entusiasmo y de la gloria. Aquí donde, por falta de educacion literaria, no hay gusto formado para apreciar debidamente el mérito de creaciones de cierta elevacion y grandeza; aquí donde se ha perdido, en el oleage de la revolucion apellidada romántica, hasta la memoria de la tradicion antigua, nunca muy autorizada entre nosotros, *Virginia* ha logrado esclavizar la atencion del público, subyugar su corazon, conmoverlo, entusiasmarlo, y anular para siempre la falsa idea de que la tragedia era, y no podia menos de ser, planta exótica en nuestro suelo.

¿Qué causas han contribuido á la realizacion de este singular fenómeno? ¿Por qué ha triunfado tu *Virginia* de la prevencion desfavorable que abriga contra el género trágico la mayor parte de nuestro público? Porque has logrado hacer que en ella prevalezca el *arte* sobre el *artificio*, sobre la *declamacion* el *sentimiento*. Porque la verdad impera al cabo hasta en el alma de los que no quieren oirla. Porque has pedido inspiraciones al corazon, formas al buen gusto, modelos á la naturaleza, nueva siempre y siempre rica para los que saben utilizar sus tesoros, y el corazon, la naturaleza y el buen gusto no han sido avaros de los suyos para contigo. Y en verdad que no han de arrepentirse de su largueza, cuando consideren el digno empleo que ha hecho de ellos tu generoso entusiasmo.

Yo que soy jóven como tú, que tengo tambien la fortuna de abrigar un alma jóven, y que rindo culto idólatra á la belleza del arte, bien que jamás hayan dominado mi espíritu las caprichosas exigencias de gustos sistemáticos ó exclusivos, no solo creo que es condicion imprescindible en las obras del ingenio atemperarse á la índole y circunstancias de la época que

las produce, sino que juzgo de absoluta necesidad el proscribir las definiciones consagradas hasta ahora por críticos y preceptistas para determinar los diversos géneros literarios; definiciones que, por estar fundadas en la vana exterioridad de los objetos más que en la esencia vivificadora que los anima, son muchas veces tan erróneas como todo lo que es superficial y arbitrario.

Dices, y con sobrada razon lo aseguras, que en los productos del arte, la forma, aunque importantísima, es secundaria y debe amoldarse á experimentar las transformaciones que experimenten, en el vario curso de los tiempos, la civilizacion y las costumbres. Esta doctrina liberal, hija legítima del cristianismo, que va prevaleciendo en Europa, merced á los heróicos esfuerzos de la crítica moderna, y que expones y autorizas en tu carta con tanta lucidez y fuerza de lógica, es la única racional, la única verdadera, la única digna de fijar la consideracion de los hombres pensadores. Profesándola con el ardor que la profesas, tienes mucho andado para llevar á cabo la regeneracion profunda y filosófica de la tragedia. Sigue, pues, por el camino en que tan gran paso acabas de dar con tu *Virginia*. Afortunadamente has encontrado lo que ni siquiera sospeché que llegases á encontrar: un público de bastante ilustracion y criterio para comprender bellezas de detalles que mal pudieran percibir gustos poco depurados.

Esta circunstancia, de feliz augurio para los amantes de lo bello, acredita que la buena semilla prende siempre cuando el terreno es fecundante; cuando las manos, á veces inexpertas, que en él la arrojan, tienen la suficiente perseverancia para no desmayar aunque tarden en coger el fruto, aunque digan las apariencias que sus esfuerzos serán perdidos. Si es ilusoria esta creencia, permite, querido Manuel, que, estimándola real, me consuele con ella de los infinitos sinsabores que he debido en el espacio de ocho años á la firmeza con que, en todo género de luchas, he sustentado la que hoy me gozo en apellidar nuestra fé artística. Ya que no he sido el último en contribuir á la reforma del gusto que empezamos á saborear, y que vuelve provechosamente la atencion de nuestro público, distraida en futilidades poco dignas, al cauce profundo y trascendental del arte que siente y piensa, deja que me lisongée con la esperanza,

engañosa si se quiere, de que alguna parte de gloria me ha de tocar en la saludable regeneracion que se está verificando. Sin esta dulce esperanza, ¿no habría desfallecido mil veces nuestro espíritu, extraño al egoismo interesado y calculador de los mercaderes que profanan el templo en que la belleza del arte se custodia?

Ageno fuera de este lugar detenerme en el exámen de tu *Virginia*, ó entrar á discutir lo que expones acerca de las circunstancias del público y de las que hoy debe tener la tragedia para aclimatarse entre nosotros. Tú que conoces mi modo de pensar como el tuyo propio, y que, por lo tanto, posées la justa medida de mis opiniones y creencias, sábes que profeso ha tiempo las que proclamas con tan ardorosa conviccion, y que estamos completamente de acuerdo. Siempre he juzgado que el drama (llámese tragedia, comedia, ó lo que se quiera) más que rebuscada sencillez, más que afectacion tradicional, más que símbolos poéticos de convencion, necesita pintar con el ingénuo candor de la poesia la verdad de la naturaleza. De este modo, cuando el pensamiento que deba hacer perceptible exija, para su mas eficaz determinacion, el empleo de personajes simbólicos, hará porque semejantes símbolos se compongan de elementos verdaderamente humanos. El corazon del hombre no puede interesarse profundamente, si no percibe en la abstraccion la realidad, si no ve delante de sus ojos la mezcla de grandeza y pequeñez, de elevacion y bajeza, fruto de la pugna en que, por lo comun, suelen estar las sublimes aspiraciones del espíritu con la sordidez de la materia.

Pero insensiblemente me desvío de mi propósito, y quiero volver á él, olvidándome de que soy crítico, malo ó bueno, para hablarte solo como amigo; para gozarme en tu gloria, sin reserva de ninguna especie; para apartar la vista del lastimoso cuadro de envidias y flaquezas que ofrece el campo de nuestra literatura, cada vez que nace una planta rica en frutos de buen sabor y duradera fragancia. El triunfo de tu *Virginia*, que desde hace doce dias llena el teatro del Príncipe de un público que no cesa de aclamar, me ha proporcionado satisfaccion tan intensa y pura, que no la concibe mayor el alma. Ni ha faltado al mérito de tu obra la sancion que prestan á

lo que á todas luces es bueno los alaridos de la envidia; solo que esta vez los alaridos se han convertido en sollozos, exhalados vergonzantemente por el despecho en el fondo de la oscuridad.

Ya que conoces los elementos vitales de la sociedad de nuestros dias; ya que has puesto el dedo en la llaga, desentrañando, ayudado de la meditacion y del estudio, lo que ha sido hasta ahora la tragedia llamada clásica, y lo que puede y debe ser en adelante, pon mano esforzadamente en la obra de su completa regeneracion. Ya que le has dado principio tan felizmente, procura llevarla á cabo. La duda que abriga tu corazon respecto á las facultades de tu espíritu, esa duda, origen verdadero de la modestia, segun dices en tu carta, hará que salgas airoso en tan árduo empeño. La inteligencia que sin nímios escrúpulos desconfia razonablemente de sí propia, casi siempre hace prodigios. Y harto lo es, en mi concepto, haber escrito á 24 años de edad una tragedia como *Virginia*: harto haber hermanado con el vigor y lozanía de la juventud, la sobriedad y madurez, producto de los años y de la experiencia. Verdad es que la imaginacion del hombre de genio vive largos años en un minuto. Tan grande es el poder de la intuicion en las almas nacidas para la gloria.

Dos palabras y concluyo: otorgo el permiso que me pides para dar tu carta á la luz del público; pero exijo de tu amistad que des al mismo tiempo la mía. Es un tributo de admiracion que te rinde mi amor al arte; es una prueba de cariño que tu santa madre en el cielo y tu buen padre en la tierra se gozarán en que publiques, por ser verdadera y por ser mía, y no quiere rehusarles este placer tu hermano adoptivo

Manuel Cañete

PERSONAGES.	ACTORES.
VIRGINIA.	D.ª Teodora Lamadrid.
CAMILA.	D.ª Mercedes Buzon.
SILVIA..	D.ª Cristina Ossorio.
OCTAVIA.	D.ª Juana Ridaura.
EMILIA. . . . . , . .	D.ª Inocencia Lopez.
VIRGINIO.	D. Joaquin Arjona.
APIO CLAUDIO.. . .	D. José Calvo.
ICILIO.	D. Manuel Ossorio.
MARCO CLAUDIO.. .	D. José Garcia.
AULO..	D. Victorino Tamayo.
UN AUGUR.	D. Antonino Bermonet.
MARCIO.	D. Pedro Maffey.
SERVILIO.	D. José Alisedo.
DECIO.	D. Antonio Zamora.
UN POETA.	D. Antonio Zamora.
UN TRIARIO.	D. Esteban Montilla.
UN CIUDADANO. . .	D. Mariano Serrano.

Dos Camilos.—Tres mancebos.—Amigos y esclavos de Virginio.—Id. de Icilio.—Id. de Apio Claudio.—Clientes del mismo.—Triarios.—Soldados.—Lictores.—Pueblo.

Roma — 305.

VIRGINIA.

ACTO PRIMERO.

Atrio de casa de Icilio. Gran puerta en el foro, por la cual se distingue el vestíbulo; en segundo término un lecho; en las paredes trofeos militares con toda clase de armas.

ESCENA PRIMERA.

ICILIO y VIRGINIO, sentados en el lecho. Despues AULO.

ICILIO. Deja que el pecho en júbilo palpite;
deja que eleve á númenes propicios
ardiente voz de gratitud, y encomie
de Virginia el encanto peregrino.
Y tú, que debes al triunfante arrojo
lauro envidiable, y sin igual prestigio
á la virtud doméstica, modelo
de padres de familia y de caudillos;
tú que me diste en la mujer amada
de inocencia y beldad raro prodigio,
benigno acoge el férvido tributo
que de eterna amistad te rinde Icilio.

VIRGINIO. Tuya será la cándida Virginia,
que en este lazo mi ventura cifro.
Ya á los amantes convirtió en esposos
el sacro farro entre los dos partido;
ya desde el ara la potente Juno
vió la sangre correr del sacrificio:
sin mas tardanza la reciente esposa
quedará sometida á tu dominio.

¡Y yo dichoso, que premiarte puedo,
yo que nunca olvidé los beneficios
que en otro tiempo te debió la patria,
cuando tu voz y arrojo tribunicio
eran espanto al pérfido magnate,
consuelo y esperanza al afligido!

ICILIO. ¡Gloria que huyó veloz!—Tu acento aviva
el recuerdo, un instante fugitivo,
de la presente mengua. ¡O patria! ¿cómo
te dejaste engañar y á diez inícuos
tu libertad fiaste? Y ¿cómo ¡oh dioses,
protectores del Lacio! envilecido
lo veis, y el rayo vengador no lanza
Júpiter á la tierra? Al fin pudimos
romper un dia la coyunda infame
¿y hoy suspiramos en el propio abismo?
¡No hay escarmiento á la torpeza humana!
Tal es de un pueblo el mísero destino:
caer mil veces en el propio lazo;
por culpa igual sufrir igual castigo.

VIRGINIO. Alguien se acerca.

ICILIO. Es Aulo.

VIRGINIO. Enojo y duelo
muestra su torva faz.

AULO. Salud amigos.

VIRGINIO. Dí, ¿qué sucede?

AULO. El venerable anciano
á quien debió la patria mas servicios;
el valiente adalid que en cien batallas
dió de valor ejemplos infinitos,
el héroe augusto, el semidios de Roma...

VIRGINIO. ¿Dentato?

AULO. Si; Dentato ha sucumbido.

ICILIO. Luchando siempre como bueno.

AULO. Astutos
lo han matado á traicion los decenviros:
que amar la patria cuando yace opresa
es ofender al que la oprime altivo.

VIRGINIO. ¿Será verdad?

AULO. El rencoroso Claudio
oyendo sus clamores repetidos
temió su audacia, y lo envió á la lucha
para que nunca retornase.

VIRGINIO. Dinos
cómo se perpetró tan negra infamia.

AULO. Pronto á la voz del general, Sicinio
á recorrer el campamento sale
con cien soldados que le da el inicuo;
y no bien llegan á parage oculto,
acométenle todos de improviso.
Como tigre y leon potente y ágil
resguárdase la espalda con un risco,
y el rudo choque impávido resiste,
en otros cien su acero convertido;
y nunca al bravo campeon rindieran
á no apelar á infames artificios.
Flechas le asestan, y entre tanto algunos
subiendo al monte que le presta arrimo,
con duras piedras su cerviz quebrantan;
y acero y alma rinde á un tiempo mismo.

ICILIO. ¡Fiera traicion!

VIRGINIO. ¡Oh ilustre compañero!

AULO. ¿Y nosotros cobardes lo sufrimos
cuando un acento, un soplo bastaria
á vengar los ultrajes recibidos?

ICILIO. Cese el infame abatimiento, caigan
Apio Claudio y sus cómplices malditos.

VIRGINIO. Las sábias leyes de la culta Grecia,
trasplantadas á Roma por Sulpicio,
Manlio y Postumio en venturosas naves
que el fiero mar acarició sumiso,
por ellos rigen.

AULO. En las doce tablas
para escarnio y baldon las han escrito,
al propio tiempo las de Roma hollando,
para saciar su anhelo desmedido,
perpétuo aclaman el poder que un dia
redujo el pueblo á término preciso.

ICILIO. Para hacer leyes lo pidieron solo;
no para hacer esclavos se lo dimos.
¡Oh cara libertad! ¡Oh patria mia!

VIRGINIO. Modérese tu afan y espera, Icilio.

ICILIO. Es la esperanza el único tesoro
que á la opresion no cede el oprimido!
Pronto remedio nuestro mal exige.
Ya de los diez varones elegidos,
uno manda cual déspota inhumano.
¿Qué resta ya del patrio poderío?
¿Qué fué de aquellos venerables padres
que dió al estado Rómulo Quirino?
¿Dónde el tribuno que en el monte Velio
se alzó calmando el popular bullicio,
y fué sosten de las augustas leyes?
Todo, todo acabó; y en tal conflicto
inerte el pueblo su cadena arrastra
y en mudo asombro gime; los patricios
el miedo alivian en nefarios goces;
duerme el Senado al campo retraido.
Ved al Écuo en el Álgido triunfante
y amenazando á Túsculo; al Sabino
en el Ereto vencedor; rendidas
las águilas de Roma; dentro vicio
y tiranía y desaliento; fuera
mengua y espanto y robo y esterminio.

VIRGINIO. De ambos tribunos el arrojo aplaudo;
mas todavia os cumple reprimirlo.
Al rey clemente de la ninfa Egeria
ciego amador, benéfico Pompilio
Roma idolatra; pero Hostilio y Marcio
y Tulio espiran en su sangre tintos,
y al fin el trono de los reyes vuelca
el golpe audaz de Bruto y Colatino.
La fuerza de los Cónsules no basta
si Mavorte se muestra enfurecido,
y álzase el Dictador que lucha y vence,
pero cuyo poder juzga escesivo
la altiva Roma; de los diez varones

hoy nos abruma el yugo aborrecido.
El primero en odiar á los tiranos,
yo como tú pretendo combatirlos;
pero evitemos nueva tiranía
antes de dar un golpe decisivo:
triunfemos pues del enemigo estraño
para hundir al doméstico enemigo.—
Los breves dias que el amor de padre
lejos del campamento me ha tenido
son grave peso al alma... Al fin ya puedo
volver á batallar con doble ahinco.
Mas vuela el tiempo, y entre tanto... mira:
(*Asomándose á la ventana y señalando.*)
junto á mi albergue espera rëunido
el séquito nupcial.

AULO. Camila llega.

ESCENA II.

Dichos y CAMILA que entra aceleradamente.

CAMILA. Corre, señor: te aguardan tus amigos
y tus parientes todos; con el huso
y la rueca tus siervos mas adictos;
los dos camilos y los tres mancebos
de la blanca pretexta revestidos.
Ya de Himeneo la risueña antorcha
aumenta el gozo con su claro brillo;
y al dulce son de las acordes flautas
prorumpe el vate en cántico divino,
enalteciendo el nombre de Talasio
de las Sabinas robador invicto.

VIRGINIO. Corramos, pues.

ICILIO. ¡Virginia idolatrada!

VIRGINIO. Muy pronto aquí la mirarás conmigo.
(*Vase con Aulo.*)

ESCENA III.

ICILIO, CAMILA y esclavos.

ICILIO. Esclavos, acudid.
(*Gritando desde la puerta del foro.—Los esclavos se presentan en la misma.*)
Aquellos muros
con mis tapices adornad mas ricos,
y esta puerta cubrid de gayas flores,
que ante Virginia perderán su hechizo.
(*Los esclavos empiezan á enguirnaldar la puerta. Otros cruzan por el vestíbulo cargados de tapices.*)
¡Oh cuán hermosa la verán mis ojos
cuando elevada por los dos camilos,
íris de amor, encanto de mi vida,
sin tocar el umbral llegue á este sitio!

CAMILA. La blanca veste de purpúreas franjas,
el ceñidor que anuncia del marido
la próxima ventura, el casto velo
que hurtó á la llama su color rojizo,
y la guirnalda que tejió su mano,
y su cabello en trenzas dividido,
ya de Virginia púdica realzan
el noble aspecto y mágico atractivo.

ICILIO. Los cielos hoy, anciana venerable,
supremo bien me otorgan compasivos,
que es la virtud de la muger, reposo,
dicha y valor del hombre. ¡Cuál bendigo
el que te debe generoso afecto!

CAMILA. ¿Y cómo no quererla con delirio
si la estreché solícita en mis brazos
cuando exhalaba su primer gemido?
Yo de mi seno la miré pendiente
como de tosca vid pende el racimo,
y yo temblé por su preciosa vida
en raudales mis ojos convertidos,
hasta que al fin su juventud lozana

fué de mi yerta ancianidad abrigo,
y altiva pude contemplar el fruto
sazonado al calor de mis suspiros.
Dichoso tu que para eterna gloria
la arrancas hoy de su vergel nativo.
¿Oyes?

ICILIO. Se acercan. ¡Venturoso instante!
Mas no juzgues ¡oh patria! que te olvido.
(*Vase*).

CAMILA. ¿Por qué, por qué cuando Virginia obtiene
el codiciado bien, cuando la miro
de insigne esposo en los amantes brazos,
cuando tambien mi anhelo está cumplido,
por qué en mi pecho á batallar comienzan
el gozo y el dolor brotando unidos?
Deidades protectoras de Himeneo,
benéficas prestadle vuestro auxilio.
(*En este momento empieza á oirse una música de flautas, liras y sistros, que no cesa hasta la conclusion del epitalámio.*)

ESCENA IV.

CAMILA é ICILIO, en seguida AULO y VIRGINIO, sus parientes y amigos; esclavos con husos, ruecas y cestos de flores, y otro en que se supone estar la ropa de la desposada; tres mancebos con pretextas blancas; dos de ellos con teas encendidas en la mano y otro con la antorcha de Himeneo; esclavos de Icilio (uno trae una anfora y otro las llaves de la casa).—Despues Virginia que en medio de dos camilos se detiene en el vestíbulo cerca de la puerta del foro.

ICILIO. ¿Quién eres?

VIRGINIA. Caya, soy.

ICILIO. Yo Cayo.
(*Los dos camilos sosteniendo en alto á Virginia, hacen que entre en el átrio sin tocar el umbral de la puerta.*)

VIRGINIO. El fuego
tocad y el agua, cual lo manda el rito.
(*Icilio y Virginia sumergen en el ánfora las teas que han sacado dos de los mancebos.*)

Ocúltese la antorcha de Himeneo
para que no se aplique á maleficios.
(*El mancebo que tiene en la mano la antorcha de himeneo desaparece con ella.*)

POETA. Deja, deja el olimpo, Himeneo;
solícito ven,
el placer derramando y la vida,
de mirto ceñida la cándida sien.

¿Qué tardais, fortunados amantes?
Las almas unid;
y copiad en benéficos lazos
los dulces abrazos del olmo y la vid.

¡Plegue á Jove que os den vuestros hij
perpétuo solaz,
y á su pueblo, señor de la tierra,
el triunfo en la guerra, la dicha en la paz!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
bañada en fulgor;
que ya el mar y la tierra y el cielo
con férvido anhelo suspiran de amor.

La robada Sabina le debe
diadema nupcial;
él en próvido gozo la inunda,
y Roma es fecunda, Talasio inmortal!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
bañada en fulgor;
que ya el mar y la tierra y el cielo
con férvido anhelo suspiran de amor.

ICILIO. He aquí las llaves del modesto albergue
con tu presencia al cabo embellecido.
Guárdalas fiel á tu deber de esposa;
guárdalas: te amo y en tu amor confio.

VIRGINIO. Eres su esposo. Abrázala.

ICILIO. ¡Virginia! (*Abrazándola*).
El contento y la paz vienen contigo.
Bella en el rostro y en el alma pura,
trémulo el pecho de placer te admiro,
cual flor lozana cuyo seno esconde
encantadora perla de rocío.
¿Por qué la frente silenciosa inclinas
y el velo del pudor amengua el brillo
de tus fúlgidos ojos, como suele
flotante nube el de Orïon divino?
Cese la turbacion que te avasalla,
dame de esposo el nombre apetecido,
calma el afan de quien por ti suspira
y alienta solo en tu beldad cautivo.
VIRGINIA. Señor!...
VIRGINIO. Habla, Virginia.
VIRGINIA. Bien, callando,
el dulce objeto de mis ansias digo.
Pero si en dia tan solemne debo
dar á la voz el sentimiento mio,
y asi mi padre y mi señor lo mandan,—
enmudezca el pudor y hable el cariño.
Amante ayer, á tu querella solo
respondió el corazon con sus latidos;
esposa ya, mi corazon palpita
y al propio tiempo ufana lo publico.
Del tierno padre que sumisa adoro
dióme cumplir el Hado los designios
labrando mi ventura. ¡Cuántas veces
ojos y manos levanté al olimpo
y á mis penates adoré postrada,
pidiéndoles tu amor, oh caro Icilio!
Llegó el instante de llamarme tuya,
todo mi ser con júbilo te rindo;
amarte fiel hasta la muerte juro,
cumplir humilde tu menor capricho;
y de mi firme juramento sean
los sacrosantos númenes testigos.
VIRGINIO. Yo ventura sin fin para vosotros

y algun consuelo para mí les pido.
Te dí la vida, te adoré, te pierdo!
Así lo manda próvido destino.
Tambien yo un dia la que fué mi esposa
arrebaté á sus padres; un marido
hoy te arranca á mi amor: del tronco viejo
fuerza es que se desprenda el fruto opimo.
Comprende bien la obligacion sublime
que madre de familia has contraido.
Un yerro tarde se remedia ó nunca;
la ociosidad es llave del delito.
Sobria fatiga fortalece el cuerpo
y á un tiempo el alma; inútil regocijo
prudente evita: la muger casada
brilla en el fondo de su hogar tranquilo
mas que á la luz del sol. Intacta siempre
resplandezca tu honra; y si en peligro
se encuentra alguna vez, resiste, lucha,
vence, ó exhala tu postrer suspiro.
Si el tálamo nupcial produce flores
árbol hallen en tí que les dé abrigo.
El temor que los Númenes reclaman
á tus hijos infunde; sus instintos
dirige al bien; su entendimiento ilustra
con los altos ejemplos de otros siglos,
para que en Bruto al ciudadano adoren,
y al tirano aborrezcan en Tarquino,
y ávidos quieran derramar su sangre
de Roma y libertad al santo grito.

VIRGINIA. ¡Padre del corazon!
(*Arrojándose en sus brazos.*)

VIRGINIO. El llanto enjuga.
(*Sin poder dominar su emocion.*)

ICILIO. En rostro de mujer es nuevo hechizo.
¿Mas tú, soldado valeroso?...
(*En tono de cariñosa reconvencion.*)

VIRGINIO Lloran
los soldados tambien si tienen hijos.

VOCES. Al Capitolio! Al Capitolio! (*Dentro.*)

ICILIO. ¿Voces,
y el crujir de las armas?...
VIRGINIO. ¿Qué motivo?...
AULO. Ved cual pasan guerreros.
(*Señalando á la última puerta, por la cual se ve la calle.*)
VIRGINIO. Vuela, inquiere...
(*A Aulo.*)
ICILIO. Súbita alarma acaso.....
VIRGINIO. ¡El decenviro!
(*Al ir á salir Aulo se presenta Apio Claudio en la puerta.*)

ESCENA V.

Dichos y APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, doce lictores y soldados. Despues seis triarios de la centuria de Virginio.

CLAUDIO. ¡Ay de Roma!
ICILIO. ¿Qué nueva desventura
la amenaza?
VIRGINIO. ¿Qué nuevo precipicio
á nuestras plantas se abre?
CLAUDIO. Las legiones
en otra nueva lid han sucumbido.
ICILIO. ¡Oh mengua!
CLAUDIO. El campo de insepultos muertos
sembrado está.
VIRGINIA. ¡Qué horror!
CLAUDIO. Y el enemigo
rápido avanza á esclavizar á Roma.
ICILIO. Cadáveres y templos derruïdos
podrá tan solo esclavizar, si triunfa;
que no á Roma.
CLAUDIO. No bien cundió el aviso,
ya vuelan en tumulto al Capitolio
fuertes guerreros y hábiles caudillos.
Tu legion parte al Álgido; la tuya

al Ereto.
(*Dirigiéndose á Virginio é Icilio.*)

ICILIO. Mis armas.
(*Los esclavos descuelgan las armas de un trofeo y se las visten á Icilio.*)

VIRGINIO. Pronto, amigos,
sereis vengados.

VIRGINIA. ¡Al tocar el gozo
verlo en humo fugaz desvanecido!

CAMILA. Con nuevo amor le abrazarás triunfante.

VIRGINIA. ¡Ay, que de Roma se cambió el destino!

VIRGINIO. No siempre Roma gemirá vencida;
no siempre ha de correr su sangre á rios;
no, que las armas de los pueblos libres
triunfan al cabo, si con alto brio
leyes defienden y familia y honra
y patria y dioses!

TRIARIO. A lidiar, Virginio.
(*Entrando seguido de otros cinco: uno trae la enseña del águila romana.*)

VIRGINIO. Son mis triarios.

CLAUDIO. En tu busca vienen.

VIRGINIO. ¡A vencer ó morir!

CLAUDIO. Yo deposito
en tus manos el águila. Saturno
la custodió en su templo...

VIRGINIO. Honor debido
al centurion de los triarios.

VIRGINIA. Tiembla
cobarde el pecho, tiembla á pesar mio.

ICILIO. Virginia, la república me llama!
(*Acercándose á ella completamente armado.*)

VIRGINIA. Parte, lucha, sucumbe si es preciso.

ICILIO. De tu valor no dudo.

VIRGINIO. Es hija mia.
¡Roma ante todo!

VIRGINIA. Si morís, unidos
morirémos los tres: venced por ella
y algo de vuestra gloria será mio.

VIRGINIO. ¡Dioses del Lacio, sálvese la patria
y muera yo ; pero que viva Icilio !
(*Vánse todos, escepto Claudio, Marco, los lictores y los soldados.*)

ESCENA VI.

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, lictores y soldados.

CLAUDIO. Corred ansiosos de renombre y lauros ;
corred, que solo encontraréis castigo !
Me odiais: me vengo, y mi implacable furia
sacio á la vez y mi anhelar mas vivo.
MARCO. Pero recuerde mi feliz patrono
que ha de quedar muy pronto desmentido
el supuesto revés, que al pueblo alarma.
CLAUDIO. Dirémos todos que engañados fuimos
por falsa nueva. Y si logré alejarlos
cuando ya la hospedaba este recinto,
¿qué importa lo demás ?
MARCO. Volver pudieran
el padre y el esposo.
CLAUDIO. Fabio, Atilio,
(*Dirigiéndose á dos soldados.*)
mi mandato cumplid.
(*Vánse los soldados. Dirigiéndose á Marco.*)
Con ellos parten
y en reservadas órdenes prohibo
que á Roma vuelvan.
MARCO. Luego ya es inútil
el plan que ayer contra Virginia urdimos.
CLAUDIO. Si cede, inútil; si mi voz desoye ,
tú su dueño serás mañana mismo.
MARCO. Cauto procede : la soberbia Roma
echa de menos su gobierno antiguo.
CLAUDIO. Siempre los pueblos ávidos codician
lo que aún ignoran ó lo que han perdido.
No bien se alejen buscaré á Virginia.

La ví, y al verla, en férvido incentivo
mi pecho ardió; sucumba. ¡Así lo quiere
quien nació para ser obedecido!
(*Dirígese seguido de Marco hácia la puerta del foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Larario ú hogar en casa de Virginio. Puertas laterales, y una mayor en el foro. A la izquierda el ara de los penates. A la derecha, en primer término, una ventana. En el ángulo de la izquierda, un lecho. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA Y CAMILA: la primera, reclinada sobre el antepecho de la ventana; la segunda hilando á la luz de una lámpara.

VIRGINIA. Pálida reina de la noche umbría,
mudo testigo de mi afan violento,
rápido al fin desaparece, y brille
el suspirado resplandor de Febo.
Solo una vez, de las nocturnas aves
llegó á mi oido el perezoso vuelo;
solo una vez, á mis dolientes quejas
con sus lúgubres ayes respondieron.
Ni ya, cual antes, se querella el Tíber
llorando el deshonor del patrio suelo;
ni el aire mismo á revolar se atreve
de la quietud esclavo y el silencio.
¡Todo enmudece y su favor me niega!
¡Cuanto mis ojos ven, parece muerto!
Hija infeliz y desdichada esposa,
¿qué fué del gozo y anhelar inquieto
que ayer tu amante corazon llenaban?
Los nupciales ornatos ¿qué se hicieron?
Torció su rueda la voluble diosa,
y arrancando á mi sien guirnalda y velo,
de esposa el nombre me dejó tan solo,
trocada la ventura en sufrimiento.

¡Oh, Icilio! ¡Oh, padre! En las guerreras filas
marchando hácia distintos campamentos,
tal vez á Roma la mirada vuelven,
y amantes me consagran un recuerdo.
Tal vez, ¡ay triste! en desigual pelea
rinden la vida al enemigo acero.
Fieles penates, del hogar custodios,
como ofrenda acoged mi llanto acerbo,
único alivio á mi profunda pena,
único bien que en mi afliccion poseo.

CAMILA. No infundado temor tu pena agrave;
ya tenaz rechazando mis consejos,
has convertido en manantial de horrores
la que es plácida madre del sosiego.

VIRGINIA. ¿Libre me juzgas del furor de Claudio,
porque me oculte en el hogar paterno?
¿No me privó de los que pueden solo
prestarme ayuda, y á su aleve intento
sólido muro alzar? ¿desiste acaso
de atroz designio quien nació perverso?
¿No le viste siguiéndome implacable,
como si fuera sombra de mi cuerpo?
¿No me detuvo en las desiertas vias?
¿No turbó mi plegaria á Jove excelso,
y al fin comprar tu lëaltad no quiso?
¿Has olvidado sus traidores hechos,
del vicio campëon, bárbaro azote
de la virtud? ¡Es Claudio; el mónstruo fiero
que el llanto de sus víctimas apura,
y se nutre voraz de oprobio ageno!
Di que no tiemble al náuta, amenazado
por la furia de impíos elementos;
di que no tiemble á la infeliz paloma,
cuando el milano la persigue hambriento;
mas deja, deja que Virginia llore,
deja que vele, minorando el riesgo;
deja que al padre y al esposo envie
en las alas del aire sus lamentos.

CAMILA. Pero si Claudio, cual recelas, fija

en nuestro hogar la planta, ¿qué debemos
hacer? Responde.

VIRGINIA. Valeroso el labio
de su deber le mostrará el sendero.
(*Camila se acerca á la ventana.*)

CAMILA. Cobra esperanza: la tiniebla odiosa
desciende ya del Aventino huyendo;
ya en soplo leve el céfiro susurra,
húmedo de rocío, y sus reflejos
manda á la tierra la naciente aurora,
el limpio azul en púrpura tiñendo.

VIRGINIA. ¡Cuánto es bella su luz tras noche horrible!
(*Aproximándose tambien á la ventana.*)

CAMILA. Ahuyente al par la sombra y tu recelo.

VIRGINIA. ¡Padre del dia, bienhechor del mundo,
yo te bendigo, y renacer me siento!
¡Oh!... no me engaño... Acércate, Camila.
¿No ves un hombre que en su toga envuelto,
hácia aqui se dirige? ¡Es Claudio!

CAMILA. ¡Claudio!

VIRGINIA. Llega á la puerta.

CAMILA. ¡Audacia sin ejemplo!

VIRGINIA. ¡Y ábrela algun esclavo miserable
á quien temor ó dádivas rindieron!
Míralo, y dí si con razon temia!

CAMILA. ¿Y pudo hacer que tus leales siervos?....

VIRGINIA. ¡Ay! el malvado es fruto corrompido
que al sano comunica su veneno.
¿Qué logro retardando una entrevista
que no puedo evitar?.... Vete.

CAMILA. Obedezco;
mas piensa.....

VIRGINIA. Acude si mi voz te llama.

CAMILA. (¡Valedla, Dioses!)

VIRGINIA. (¡Amparadme, cielos!)

ESCENA II.

VIRGINIA y APIO CLAUDIO.

CLAUDIO. (¡Despierta, sola!) El decenviro Claudio
perdon te pide.
VIRGINIA. Gratitud le debo.
¿Cuándo el hogar del centurion Virginio
honra tal mereció?
CLAUDIO. Si en él penetro
no bien alumbra el resplandor del alba.....
VIRGINIA. ¿Es quiza porque fausto mensagero
nuevas te dió de mi valiente padre?....
CLAUDIO. Cesa y no ultraje tu desden el fuego
en que por tí mi corazon se abrasa.
A repetir que te idolatro vengo.
VIRGINIA. Bien se comprende el móvil que te guia,
por mas que así lo ocultes: tu deseo
es probar mi virtud; y cuando Icilio
y el tierno padre vuelvan, como en premio
de su valor en la campal batalla,
referirles mi púdico denuedo.
¿Tú perseguir á la infeliz doncella,
mientras lucha y tal vez muere contento
el amoroso padre de familia
la libertad romana defendiendo?
Tú que gobiernas, y á la faz de Roma
debes favor á todos justiciero,
recompensar al ínclito soldado
con amargura eterna y vilipendio?
¿Ser un patricio, como nadie ilustre,
menos leal que el último plebeyo?
¡Nunca: imposible! Quien lo diga miente;
se engaña quien se atreva á suponerlo.
CLAUDIO. Fija la mente en codiciosos planes
miré el amor con lástima y desprecio,
hasta que Vénus decretó sañuda
que en viva lumbre se cambiase el hielo;
y al ver tu rostro, me clavó en el alma

la aguda flecha del amor primero.
Sé que al amparo de tu padre, ofreces
á las mas puras vírgenes ejemplo,
y auméntase el afan; que á Icilio adoras,
y hórrida tempestad rompe en mi pecho.
Juro olvidar el malhadado sitio
en que te vi, y á recorrerle vuelvo;
pasas, y miro tu divino rostro
jurando no mirarte al propio tiempo.
Contra el amor que me avergüenza lucho;
vana es la lid. Mi corazon soberbio
que armado en ira resistencia opone
al fuerte impulso de voraz deseo,
sucumbe al fin, y despechado late
cual ruda peña que estremece el viento.
Ya desistí de la tenaz porfia:
ávido cunde el comprimido incendio,
y amado quiero ser. Mi nombre sabes,
dueño de Roma soy, y he dicho quiero.

VIRGINIA. Ni al corazon se manda, ni me asusta
vano furor, ni Roma tiene dueño.
Esposa, es fuerza que me acates; hija,
favor me debes; tu piedad merezco,
niña infeliz y sola; ciudadano,
ceder te cumple á mi ferviente ruego;
padre de Roma, en tan amargo trance
contra tí mismo á tu defensa apelo.
¿Quieres que doble la cerviz? Humilde
me postro y lloro. Desarruga el ceño;
(*Se arrodilla á alguna distancia de Claudio. Este aparta de ella la vista.*)
abre el seno á mis lágrimas: fecundo
en flores de piedad le hará este riego.
¿Es por ventura apetecible hazaña
rendir á una muger? Más digno objeto
reclama tu valor. El ay escucha
que dan al aire en crudo abatimiento
madres, viudas y huérfanas; contempla
los campos de cadáveres cubiertos;

de estraño yugo amenazada Roma.
¿Y tú lo sufres? No; que ya te veo
arder en nobles ímpetus! ¿Qué aguardas?
Débase él triunfo á tu incansable celo;
y el bien de Roma codiciando solo,
dicha tendrás y plácido sosiego,
libre de infausto amor; que amor de patria
basta á llenar un corazon entero.

CLAUDIO. Solo tu amor codicio. ¿Y qué, pudiste
ambicionar más alto vencimiento?
¿Débil muger con su desden me agravia,
y yo el agravio sin venganza dejo?
Venid, cobardes ciudadanos: todos,
sin que la lengua os paralice el miedo,
decid si el hombre que su afan reprime
y suplica y aguarda, es el tremendo
decenviro, el tirano, el que dispone
de haciendas y de vidas, y á un acento
difunde en torno el júbilo, ó de espanto
hace temblar de Roma los cimientos.
¡Tampoco yo me reconozco ahora:
yo tambien de mí propio me avergüenzo!
Venid, venid y en mi baldon gozäos:
el que tigre os espanta es vil cordero.
Venid, y el susto convirtiendo en mofa,
ved al tirano convertido en siervo!

VIRGINIA. Déjame.

CLAUDIO. No lo esperes.

VIRGINIA. Me horroriza
tu amor.

CLAUDIO. ¡El de otro te seduce!

VIRGINIA. Eterno
será el que á Icilio consagré.

CLAUDIO. Desiste.

VIRGINIA. Nunca.

CLAUDIO. Olvídale.

VIRGINIA. ¿Ignoras que un afecto
que en la virtud se funda, acaba solo
con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!

CLAUDIO. Pues bien, mia serás.
VIRGINIA. ¿Virginia tuya?
Sella el impuro labio.
CLAUDIO. Estoy resuelto:
tú misma el precio del favor señala.
VIRGINIA. ¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!
CLAUDIO. Pues tiembla.
VIRGINIA. En vano intimidarme quieres.
CLAUDIO. ¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?
VIRGINIA. A reprimir y castigar delitos
alcanza tu poder; no á cometerlos.
CLAUDIO. El corazon de la muger es cera.
El tuyo al fin se ablandará: lo espero.
VIRGINIA. El corazon de la muger romana
es cera á la virtud; al vicio hierro.
CLAUDIO. Lástima solo tu desden mi inspira.
Yo postraré tu efímero ardimiento.
VIRGINIA. ¡Auxilio á Roma pediré!
CLAUDIO. ¿Y en Roma
quién puede más que el decenviro?
VIRGINIA. El pueblo.
CLAUDIO. Basta. Adios pues. Para luchar contigo
tengo astucia y poder, y tengo celos.
VIRGINIA. Para vencer en la contienda impía
yo mi virtud y mi constancia tengo.
(*Váse Apio Claudio.*)

ESCENA III.

VIRGINIA y CAMILA.

VIRGINIA. ¡Camila!... ven. ¡Camila!
CAMILA. ¿Fuese?
VIRGINIA. Tanto
pude lograr.
CAMILA. ¿Qué hiciste? dí.
VIRGINIA. Primero
responder con la súplica al agravio;
despues con la arrogancia y el desprecio.

desafiar su cólera, humillarle,
hacerle huir rabioso de despecho,
probarle que el valor que al hombre inflama
cabe tambien en mugeriles pechos!

CAMILA. ¡Oh, sí! los dioses tu inocencia escudan.
Mas ya que el triunfo en su bondad te dieron,
al buen soldado que en la tregua atiende
á reponer el abatido esfuerzo,
dócil imita, y tu zozobra acabe
en los tranquilos brazos de Morfeo:
que mal conserva su vigor el alma
si en largo insomnio desfallece el cuerpo.

VIRGINIA. En tu adhesion y tu prudencia fio,
y á obedecerte voy. Ya nada temo.

CAMILA. Y Marte quiera que el bifronte Jano
cierre en breve las puertas de su templo.

VIRGINIA. Cumple á los hombres defender con gloria
el honor de la patria, combatiendo;
guardar intacto á las mugeres cumple
el honor de los hombres. Lidien ellos
con armas en el campo; aquí nosotras
armadas de virtud lidiar sabrémos.
Prendas del alma, cuya ausencia lloro,
hoy nos amaga pérfido extranjero;
soldados sois: por el honor de Roma
impávidos luchad; yo guardo el vuestro.
(*Entra en su estancia.*)

ESCENA IV.

CAMILA, despues ICILIO.

CAMILA. ¡Amigo bienhechor del ser que llora,
inagotable fuente de consuelo,
padre del hondo olvido, hermosa imágen
de la eternal quietud, próvido sueño!
sobre ella ejerce tu benigno influjo
librándola de aciagos pensamientos.
¡Horrible fuera padecer velando,

buscar reposo y padecer durmiendo!
Tú que al agravio de enemiga suerte
dulce mentira opones, placentero
con ósculo de paz su frente sella,
bate á su alrededor tu manso vuelo,
y plácidas imágenes sonrian
á quien busca en tu amor pronto remedio,
ya que afilando la insaciable garra
torvo espera el dolor pegado al lecho.
(*Pausa.*)
¿Mas qué nuevo rumor?... ¿Será posible
que torne Claudio?... Corro á detenerlo.
¡Icilio!

ICILIO. ¡Gracias, soberanos dioses!
(*Dando señales de fatiga.*)
¡Al fin logré llegar, al fin aliento!
(*Dejándose caer en un lecho.*)

CAMILA. Cómo, señor, ¿tú en Roma?

ICILIO. Al punto, corre,
llama á Virginia.

CAMILA. Mírala.

ICILIO. Durmiendo.

CAMILA. ¡Ha padecido tanto!

ICILIO. ¡Horrible duda!
¿Quién su dolor motiva?

CAMILA. ¡Ay! el esceso
de mal tan grande adivinar no puedes.

ICILIO. Lo ignoro aún, pero si á Roma vuelvo
es porque el alma resistir no pudo
á la voz de fatal presentimiento.
¡Y ojalá que me engañe! Ayer que el lauro
iba á lograr de mi ferviente anhelo,
el decenviro de mi bien me aparta,
falsa derrota, astuto, suponiendo.
El fiero Atilio que cayó en mis brazos
herido por sus propios compañeros,
ultrajados por él, llevaba ocultas
órdenes misteriosas, prohibiendo
que yo á Roma volviese... La perfidia

del proceder de Claudio... el desenfreno
de sus nefandos vicios... la hermosura
de Virginia... ¡Mil dudas!.. ¡Mil recelos!..

CAMILA. Habla: ¿recelas?...

ICILIO. Que el protervo Claudio
ama á Virginia.

CAMILA. ¡Desdichado, es cierto!

ICILIO. ¡Oh! sí: se engaña el corazon que espera,
mas no el que teme.... ¡Apenas me sostengo!...
¡Valedme, amor y libertad!... Inicuo,
¿lo que ofreciste al mendigar tu puesto,
de esta manera se nos cumple? Siempre,
(*Camila cierra la puerta del aposento de Virginia como para que la voz de Icilio no la despierte.*)
vil opresor, empezarás pidiendo,
para negar despues; siempre á tu lado
ha de tomar la ingratitud asiento.
¡Y Roma espira bajo infando yugo,
cáncer que pudre el alma de los pueblos!
No: Roma vive. Si matarla quieres,
tirano, ven y mátala en mi pecho.

CAMILA. Piensa en Virginia.

ICILIO. Defenderla juro,
Aulo me ayudará; venga al momento.

CAMILA. Ha largo rato le envie un aviso;
pronto aquí le verás.

ICILIO. Que el fiel Numerio
á la senda que al Álgido conduce,
vuele en raudo corcel, y con secreto
diga á Virginio que regrese al punto,
que Virginia le llama; que muy luego
podrá tornar al campo.

CAMILA. No es posible
que desoiga su voz.

ICILIO. Mas, dime, ¿el siervo
cuanto sucede ignora?...

CAMILA. Nada sabe.

ICILIO. Entonces guia.

CAMILA. Por aquí. Volemos.
(*Vánse por la puerta de la derecha.*

ESCENA V.

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, y cuatro esclavos que entran por la puerta del foro. Despues VIRGINIA, y á poco ICILIO y CAMILA.

CLAUDIO. Entrad. Aquí la vi.
MARCO. Tal vez medrosa
huyó á esconderse bajo amigo techo.
CLAUDIO. ¡Por Júpiter! Mi encono redoblára
la empresa dilatando que proyecto.
Ella lo quiso: me rechaza libre;
esclava tuya depondrá el esfuerzo.
MARCO. Cesa, y escucha sus dolientes ayes.
CLAUDIO. Ven pues, y á cabo nuestro plan llevemos.
(*Abre la puerta de la estancia de Virginia y se detiene.*)
¡Dormida!
MARCO. Horrible agitacion demuestra.
CLAUDIO. Tal vez mi sombra la persigue en sueños.
VIRGINIA. ¡Claudio! (*Dentro.*)
CLAUDIO. No me engañé.
VIRGINIA. Detente... aparta...
(*Dentro.*)
MARCO. Vá á despertar.
VIRGINIA. ¡Socorro!
(*Dentro.*)
CLAUDIO. Aquí la espero.
VIRGINIA. ¡Huye, impío, de mí!.. ¡Déjame!... Nunca...
(*Sale despavorida de su estancia, y como queriendo detener á alguno.*)
¡Antes la vida!. . ¡Ay mísera!... ¿Qué es esto?
(*Como volviendo en sí.*)
¿Es sueño ó realidad? A Claudio he visto
y he luchado con él... y aun juzgo verlo
tender los brazos hácia mí.
CLAUDIO. ¡Virginia!
(*Presentándose á ella.*)

VIRGINIA. ¡Oh!... ¡Claudio!.. ¡No he dormido!.. No; no sueño:
es él... ¡Es realidad!... ¡Favor!... ¡Socorro!
Déjame... tente... Aparta. ¡Lejos... Lejos!
(*Sale retrocediendo por la puerta del foro.*)

CAMILA. ¡Icilio!
(*Presentándose en la puerta de la derecha.*)

CLAUDIO. ¿Qué óigo?
(*Deteniéndose.*)

CAMILA. ¡Icilio!

ICILIO. ¡Claudio!
(*Apareciendo igualmente en la puerta de la derecha.*)

CLAUDIO. ¡Oh furia!

CAMILA. ¿Dónde Virginia... dónde? ¡Allí la veo!
(*Despues de haber recorrido el escenario se asoma á la puerta del foro y sale por ella precipitadamente.*)

CLAUDIO. La ley castigue al desertor. Vosotros
detenedla.

ICILIO. ¿Por qué?
(*Colocándose en medio de la puerta del foro.*)

CLAUDIO. Marco es su dueño:
la reclama.

ICILIO. ¿Qué dices?

CLAUDIO. Pronto en Roma
Se sabrá la verdad de este misterio.

ICILIO. ¿Creiste hallar dos tímidas mugeres?...

CLAUDIO. Seguidla.

AULO. ¡Icilio!
(*Presentándose en la puerta del foro.*)

ICILIO. Ven. ¡Te envia el cielo!

CLAUDIO. Deja al traidor y al decenviro acata.

AULO. ¡Por él y contra tí brille mi acero!
(*Desnudando el estoque y preparándose á guardar la puerta.*)

CLAUDIO. Paso, ó temed mi cólera.

ICILIO. Detente,
(*Desnudando tambien el estoque.*)
ó Roma es libre y á Virginia vengo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Plaza. Desde el promedio del escenario se estiende hácia el foro el atrio de un templo dedicado á Júpiter.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA, ICILIO y CAMILA.

ICILIO. Descansa aquí, y en mis amantes brazos
dá treguas al dolor. Yo te lo ruego;
la causa dínos del pavor que sientes.
VIRGINIA. No, que olvidarla para siempre anhelo.
¿Y Claudio? ¿Cómo su furor burlaste?
¿Dónde está? ¿Nos persigue?
ICILIO. No queriendo
acrecentar la indignacion de Roma
si era en el rudo choque descubierto,
de no seguirte ni espiar mis pasos
rindió por el dios Fidio juramento.
Franca dejando la salida entonces,
Aulo y yo, nos lanzamos por diversos
caminos en tu busca.
VIRGINIA. ¡Oh monstruo aleve!
CAMILA. En nuestro hogar con impio atrevimiento
fijó la planta, pero tú le diste
mil y mil pruebas de virtud y esfuerzo.
Tal vez comprenda que triunfar no puede,
y desista por fin del loco intento.
VIRGINIA. Mal le conoces, ó me engañas.
ICILIO. Pronto
verás en Roma al ínclito guerrero
que el ser te dió.

VIRGINIA. ¡Mi padre!
ICILIO. Adicto esclavo
partió veloz...
VIRGINIA. Salgamos al encuentro
del que se acerca á defenderme.
ICILIO. Apenas
puedes mover la planta.
VIRGINIA. ¡Bien lo veo!
CAMILA. Si el decenviro nuestra fuga sabe,
nos seguirán...
ICILIO. Mas tarde partirémos:
cuando el terror que te domina cese.
Habla, mi bien; á comprender no acierto
por qué gritando y pálido el semblante,
trémula de pavor...
VIRGINIA. ¡Fatal recuerdo!
ICILIO. No así te rindas al quebranto: piensa
que venga á veces rápido momento
las maldades de un siglo. Si hoy el crímen
vence, y al carro de sus triunfos vemos
la ley atada, y la virtud por senda
de abrojos huye lágrimas vertiendo,
quizá, Virginia, encontrarán mañana
castigo el crímen, la inocencia premio.
Ni el engreido Claudio es invencible
porque hoy se mire en elevado puesto
y nos agravie audaz: tambien se eleva
en alta cima el roble corpulento,
desafiando al huracán, y sopla
el huracán, y dóblase gimiendo,
y cede y cae.
CAMILA. La esperanza aliente
tu acongojado espíritu de nuevo.
ICILIO. Dínoslo todo.
VIRGINIA. ¿Lo quereis? Oidme:
dolor comunicado agovia menos.
Despues que huyó de mi presencia Claudio,
procuré reclinándome en el lecho
las fuerzas recobrar. ¡Ojalá nunca,

ojalá nunca me venciera el sueño!—
Dormí... soñé! Fatídicas visiones
cruzaron las tinieblas en silencio,
cuando al embate de huracán bravío,
estallando el relámpago y el trueno,
Claudio aparece súbito: al mirarme
brillan sus ojos con fulgor siniestro;
quiero gritar, y en mi garganta espira
muda la voz, y el pavoroso espectro
corre hácia mí!... Pero en el mismo instante,
rápida de las nubes descendiendo,
una muger entre los dos se lanza,
fijo en su corazon puñal sangriento.
Claudio la mira, y tiembla y retrocede;
y ella doblando con el pié su cuello,
«Lucrecia soy», prorumpe; «otro tirano
dicha y honor me arrebató; muriendo
lavé mi mancha, y al tirano impío
ahogué en la sangre que vertió mi pecho!»
Cesa, y al punto de la edad pasada
la imágen fiel atónita contemplo:
álzase Bruto á la venganza; Roma
arde en justo furor; á estraño suelo
con vil desdoro los Tarquinos huyen;
triunfa la libertad del yugo horrendo.
Y en mí Lucrecia su mirar clavando,
«la patria gime en nuevo vilipendio:
que nueva sangre de muger la riegue;
te espero;» dijo, y remontó su vuelo.
Y el hondo trueno en su postrer murmullo
«¡te espero!» clama en lúgubre lamento;
y el huracán perdiéndose en la esfera,
con ¡ay! doliente repitió «¡te espero!»
Entonces Claudio su furor redobla,
lucho... y ya sabes lo demás. Despierto;
y al despertar, como le ví dormida
al tigre miro de mi honor sediento:
crece mi asombro, y de mi albergue salgo;
juzgo que me persigue, y mas me alejo;

llego rendida aquí, tu voz me llama,
y gozosa al oirla me detengo.

ICILIO. ¡Cielos, que nunca á realizarse llegue
tan aciaga vision!

CAMILA. ¡Infausto ensueño!
Yo con la mano en su rodilla puesta
elevaré mi voz al Dios supremo
que el orbe rige: á su benigno sólio
suba tu nombre en mi suspiro envuelto.

ICILIO. Mas ved: la multitud el templo deja.

ESCENA II.

Dichos. AULO, que llega por el segundo término de la izquierda, y pueblo que empieza á salir del templo pausadamente. A poco MARCO CLAUDIO seguido de tres esclavos. Despues APIO CLAUDIO con doce lictores.

ICILIO. ¡Aulo!

AULO. Amigo infeliz, al fin te encuentro.
¿Qué debo hacer?

ICILIO. En busca de Virginio
con ella parto.

AULO. Os seguiré.

VIRGINIA. Marchemos.
(*Dirigiéndose á la derecha.*)

MARCO. Detente, y ven conmigo.
(*Llega por el mismo sitio que Aulo.—Queriendo asir de un brazo á Virginia.*)

ICILIO. ¡Aparta!

VIRGINIA. ¡Oh Dioses!

ICILIO. ¿Ella seguirte?

MARCO. Ayer se ha descubierto
oculto engaño, y á la faz de Roma
hoy de Virginia apoderarme puedo.
Si no me sigue, apelaré á la fuerza.
(*Haciendo á sus esclavos señal de que se acerquen.*)

ICILIO. ¡Tened!
(*Amenazándolos.*)

MARCIO. ¿Por qué razon?

ALGUNOS DEL PUEBLO. ¿Con qué derecho?
CLAUDIO. Siempre á tu voz el decenviro acude,
(*Sale por la izquierda, seguido de doce lictores.*)
pueblo romano. Esplícame el suceso
que así te alarma.
ICILIO. ¡Y se atrevió á jurarme
que no te seguiría!
MARCO. Ampara recto
á quien justicia y proteccion reclama.
Mi labio ayer te reveló un misterio
que dueño me hace de Virginia. Vuelva
á mi poder.
CLAUDIO. A tu demanda accedo.
MARCO. Sígueme.
VIRGINIA. Dínos el motivo.
CLAUDIO. ¡Ay triste!
no lo quieras saber.
VIRGINIA. Quiero saberlo.
CLAUDIO. Habla.
MARCO. La que pasó por madre tuya,
no lo fué en realidad.
VIRGINIA. ¿Qué dices?
MARCO. Viendo
su lecho estéril y al airado esposo
en lejana region, compra en secreto
á mi esclava Laódice una niña,
y hace creer que es fruto de su seno.
Ayer murió tu verdadera madre,
esta escondida trama descubriendo.
Segun la ley, el hijo de mi esclava
me pertenece.
VIRGINIA. ¡Sí... no hay duda!... ¡Aun sueño!
CAMILA. ¡Qué iniquidad!
ICILIO. ¡Calumnia!
PUEBLO. ¡Sí; calumnia!
ICILIO. Fácil es comprender tu infame objeto.
CLAUDIO. Es su esclava.
(*Al pueblo que murmura.*)
VIRGINIA. ¡Yo esclava... yo!...

MARCO. Lo afirmo.
VIRGINIA. Sí, tú lo afirmas; pero yo lo niego.
CLAUDIO. Niegas en vano que naciste esclava.
VIRGINIA. Libre nació Virginia.
CLAUDIO. ¡Error funesto!
VIRGINIA. Virginia es libre.
CLAUDIO. ¿Quien te lo asegura?
VIRGINIA. La sangre á voces me lo está diciendo.
MARCO. Haz que me siga adonde yo la ordene.
ICILIO. Mi cólera temed.
VIRGINIA. ¿Y se atrevieron
á mancillar el adorado nombre
de aquella madre que debí á los cielos?
Si verme al cabo en tu poder querias,
de mi virtud vengarte, y mis esfuerzos
vanos hacer, ¿por qué no has empleado
para lograr tu afan distintos medios?
Yo sola te ofendí: la culpa es mia,
lanza sobre mí sola tu veneno;
pero respeta el nombre de mi madre,
respeta la memoria de los muertos!
CLAUDIO. Llevadla.
VIRGINIA. Oh madre, á defenderme acude;
yo te lo pido por el gozo inmenso
que te inundó cuando por vez primera
fué tu Virgina á tus entrañas peso.
CAMILA. Amparadla.
(*Al pueblo. Este se adelanta hácia Claudio dando muestras de furor. A una señal del decenviro los lictores amenazan con las fasces, y el pueblo retrocede.*)
ICILIO. ¿Callais?
AULO. ¡Oh mengua!
ICILIO. Nunca
el heroismo floreció entre hierros.
CLAUDIO. Lictores: obligadla á que obedezca
á Marco su señor.
ICILIO. Juzga primero,
despues condenarás.

GRITOS GENERALES. ¡El juicio! ¡El juicio!
AULO. Todos lo piden.
PUEBLO. Todos.
CLAUDIO. Ya os precedo,
y al punto mismo...
ICILIO. ¿Ignoras que Virginia
tiene un padre supuesto ó verdadero?
¡Es Virginio!
MARCIO. ¡Un soldado valeroso!
AULO. ¡Un héroe!
ICILIO. Que se aguarde á su regreso.
MARCO. (Sin órden tuya regresar no puede.)
(*A Claudio.*)
CLAUDIO. Pues bien; de Roma acato los preceptos.
VIRGINIA. ¡Gracias, clemente Jove!
CLAUDIO. Pero en tanto
que el juicio que pedís se lleva á efecto,
es fuerza que á Virginia se custodie
en seguro lugar. Nadie, os lo advierto,
verla podrá; ni el centurion Virginio.
MARCO. Yo la reclamo: custodiarla debo.
VIRGINIA. ¡Tú! Nunca.
(*Murmullos del pueblo.*)
CLAUDIO. Yo, mi rectitud probando,
la guardaré bajo mi propio techo.
VIRGINIA. ¡Ten de mi compasion!
ICILIO. Oidme: quiere
ponerla en tan odioso cautiverio
porque lúbrico amor su pecho inflama.
VIRGINIA. ¡Amor al crímen que inspiró el averno!
ICILIO. ¡Porque rendir su honestidad pretende!
VIRGINIA. ¡Y porque yo, romanos, la defiendo!
CLAUDIO. Sustraerse á la ley en vano esperan
con tal acusacion que yo desprecio.
¡Ay del que osado á mi querer se oponga!
(*Al pueblo que dá muestras de indignacion y cólera.*
—El pueblo retrocede de nuevo.)
ICILIO. Mátame.
CLAUDIO. A Icilio aprisionad.

VIRGINIA. Teneos.
Cede á la fuerza, y á mi padre aguarda.
Yo á los tres mi venganza os encomiendo.
¿Tú morir? No: para salvarme vive!
ICILIO. ¡Oh rabia!
VIRGINIA. (Tu puñal.—
(*Icilio entrega un puñal á Virginia: esta le oculta.*)
Gracias.) Marchemos.
Roma degenerada, ¿así me entregas
al corruptor infame? Quiera el cielo
que no se miren vuestras hijas nunca
en el horrible trance en que me veo.
Sígueme: yo te mostraré el camino
gritando que soy libre y te aborrezco!
(*Dá un paso* y *se detiene.*)
¿Y permitís, oh númenes, que nazcan
tales malvados? Pero sí; comprendo
el gran designio... y mi valor se aumenta:
¡al malo haceis para probar al bueno!
¡Vamos!
(*Vase por la izquierda, seguida de Apio Claudio, Marco Claudio, los lictores y los esclavos.*)

ESCENA III.

ICILIO, AULO, CAMILA y pueblo; despues VIRGINIO.

ICILIO. ¡No, no es posible! Antes la muerte
que abandonarla á su destino adverso.
AULO. Fuera tu arrojo inútil.
(*Deteniéndole.*)
ICILIO. ¡Me abandonan
las fuerzas!... ¡Oh! corred á detenerlos:
no tolereis que me la robe. Amigos,
ved que es mi bien, mi esposa! ¡Yo fallezco!
AULO. ¡Icilio! ¡Icilio! Desdichado, alienta
para vengarla. ¡Sí; la vengaremos!
CAMILA. Pronto Virginio volverá y entonces...

AULO. Sucumbirá tambien, si al tigre fiero
su presa intenta arrebatar.
CAMILA. ¡Bien dices!
AULO. Todos calmar su furia procuremos.
CAMILA. ¿Quién, hija mia, llorará contigo?
¿Quien te dará su ayuda en tanto duelo?
SERVILIO. ¿Qué piensas tú de lo que está pasando?
MARCIO. Que ni en Roma nacimos, ni tenemos
sangre en las venas.
SILVIA. ¡Desdichada jóven!
¡Maldito decenviro!
MARCIO. ¡Me avergüenzo
al recordar!...
OCTAVIA. ¡Y cuando vuelva el padre!...
SILVIA. ¡Crudo golpe le aguarda!
ICILIO. ¿Es cierto, es cierto
que la virtud á la traicion sucumbe,
que el vil me la arrebata?
DECIO. ¿Qué estoy viendo?
Aquellos dos que en rápidos corceles
hácia aquí se dirigen...
CAMILA. Sí, son ellos.
(*Mirando en la misma direccion.*)
ICILIO. El esclavo y Virginio.
MARCIO. Allí.
(*Indicando á algunos del pueblo el lugar por donde se supone que llega Virginio.*)
ICILIO. ¡Y es fuerza
decirle la verdad? Yo no me atrevo.
(*Retírase con Aulo, como temiendo la presencia de Virginio.*)
CAMILA. Me vé.
DECIO. Desciende.
CAMILA. ¡Oh númenes!
VIRGINIO. ¡Camila!
(*Dentro.*)
MARCIO. ¡Padre infeliz!
SILVIA. ¡Ay triste!
CAMILA. Me estremezco.

VIRGINIO. ¿Aquí por dicha me esperabas? Dime
(*Saliendo por la derecha.*)
¿por qué me obliga á regresar Numerio;
por qué á tu lado se encontraba Icilio?
(*Breve pausa.*)
En el camino á mi centuria dejo;
y, al obtener la competente venia,
juré llegar mañana al campamento.
(*Otra breve pausa.*)
¿Qué sucede? ¿Y Virginia?... ¡El rostro ocultas!...
(*Separándole las manos del rostro.*)
¡Cómo! ¿Llorando estás?—¿Por qué?.. ¡No acierto!..
Vamos; dilo.

CAMILA. ¡Señor!

VIRGINIO. Prosigue.

CAMILA. El llanto
que me ahoga conteste: yo no puedo.

VIRGINIO. ¡Sacras deidades!—¿Y tambien vosotros
del padre os alejaïs? ¡Tampoco obtengo
(*Mirando al pueblo que se retira de él en ademan de dolor.*)
de vosotros respuesta!.. ¿Qué infortunio
mas grande que la duda?... Yo os lo ruego:
de esta ansiedad libradme.—¡Y callan todos!
¿Será?... ¡No: no: qué horrible pensamiento!
Sosiégate, Camila. ¿Acaso dudas
de mi valor?

ICILIO. ¿Y quién ha de tenerlo
(*Presentándose con Aulo.*)
en tan infausto dia?

VIRGINIO. ¡Icilio!

ICILIO. ¡Padre!
(*Con desesperacion y amargura.*)

VIRGINIO. ¡Ay que no me engañé! ¡Virginia ha muerto!

ICILIO. ¡Infeliz!

VIRGINIO. ¡Hija mia!... Vamos... vamos.
Regaré con mis lágrimas su cuerpo;
su casta frente ceñiré de flores;
daré á sus labios el postrero beso...

y despues al combate. ¡Oh patria mia!
¡Dichoso yo si espiro como bueno!

AULO. Virginia vive.

VIRGINIO. ¡Vive!

ICILIO. Tu infortunio
fuera si no viviese mas pequeño.

VIRGINIO. Acaba de una vez...

ICILIO. Mi tierna esposa
se hallaba en este sitio hace un momento....

AULO. Y Claudio ahora en su poder la tiene.

ICILIO. Marco á Virginia reclamó diciendo
que fué su madre verdadera, esclava
que le pertenecia, y que en secreto,
lejano tú, se la vendió á tu esposa.
(*Virginio los mira alternativamente con el mayor asombro.*)

AULO. Aun comprender no puedes el misterio
de tan horrenda trama.

ICILIO. El decenviro
arde por ella en licencioso fuego.

AULO. ¡Y á tus brazos la arranca!

ICILIO. ¡Y la condena
á ceder sin defensa en duro encierro!

VIRGINIO. ¡Oh!... ¿Qué dices?... Repítelo...—¿Qué tardas?
¡Para creer el mal ni aun basta verlo!
¡Deshonra! ¡Esclavitud!... ¡Virginia!... ¡Claudio!...
¿Cuál de los dos delira?... ¡Tú!... ¿No es cierto
(*Dirigiéndose al pueblo.*)
que ya el sepulcro la inocencia guarda
de la que fué mi orgullo y mi embeleso?
¿Será verdad?... ¡Esclavitud!... ¡Deshonra!...
¡No!... ¡Mentira!... ¡Imposible!... ¡No lo creo!
(*Pausa.—Todos demuestran el mayor abatimiento. Virginio dirige una mirada indagadora en torno suyo, y exclama dirigiéndose al pueblo.*)
¡Y aquí se hallaba.... y los traidores lobos
por la tímida oveja aquí vinieron!
Dadme á Virginia; dádmela. ¡Cobardes,
el brillo de una espada os causa miedo!...

Bien hace Claudio en oprimir á Roma:
cuando un pueblo es esclavo, debe serlo.

CAMILA. ¡Señor!

AULO. Escucha.

ICILIO. Cálmate.

VIRGINIO. Dejadme:
no irriteis mi dolor con el consuelo.
Venganza pide la virtud, venganza
la libertad, venganza mundo y cielo.
¡Le buscaré! ¡Le mataré!
(*Desnudando el estoque.*)

AULO. Detente

ICILIO. Solo á tu perdicion caminas ciego.

VIRGINIO. Y ¿qué he de hacer? Aconsejadme todos;
prestadme ayuda. Si triunfar no puedo,
mi fuerte brazo perderá la patria,
que no hay valor sin honra... ¡Y vuela el tiempo
y su pureza el bárbaro marchita,
y ultrajando mi honor, ultraja el vuestro!
Por la sangre en los campos derramada,
perdonadme estas lágrimas que vierto.
¡Era mi solo bien! ¡Unico es siempre
el hijo desdichado! Hablad: salvemos
á la infeliz, ó el que la agravia espire.
¡A su lado! ¡Indefensa! ¡Un medio! ¡Un medio!
(*Recorriendo la escena y dirigiendose á todos.*)

ICILIO. Valor, romano, y tu afliccion modera.

VIRGINIO. ¿Sabes tú por ventura lo que pierdo?
¡Tú no eres padre!

CAMILA. Protegedla ¡oh dioses!...
(*Icilio y Aulo hablan aparte, como para tomar una resolucion.*)

VIRGINIO. Sí, la protejerán: los elementos
nuncian su encono, la tormenta avanza.
Hunde, tonante dios, hunde al protervo.
(*La escena se oscurece rápidamente. El pueblo sobrecogido de pavor se retira al fondo del teatro, donde permanece hasta la conclusion del acto.*)

ICILIO. Corre y en sus moradas penetrando

refiere á tus amigos y tus deudos
la iniquidad que te deshonra.
(*A Virginio.*)

VIRGINIO. Al punto.

AULO. Haz que te sigan y arrostrando el riesgo,
vuela al palacio del traidor.

ICILIO. Su guardia
quizá no te conozca.

VIRGINIO. Mensagero
me fingiré del campo.

ICILIO. Tu presencia
refrenará la audacia del perverso.

AULO. Yo á mis parciales buscaré.

ICILIO. Los mios
acudirán veloces.

CAMILA. En el templo
rogaré por vosotros.

ICILIO. Ciudadanos,
dirá mi voz, por nuestro honor lidiemos!

AULO. ¡Por nuestra libertad!

VIRGINIO. ¡Por nuestros hijos!

ICILIO. ¡Esperanza!

AULO. ¡Valor!

VIRGINIO. ¡Pronto!

ICILIO. ¡Volemos!

VIRGINIO. Y si he de hallarla deshonrada ó muerta,
que la encuentre sin vida, justo cielo!
(*Los tres salen precipitadamente por distintos lados. Camila se dirige al templo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Atrio de casa de Apio Claudio. Puerta en el foro. A la derecha la silla de marfil sobre una especie de altar. A la izquierda un lecho muy elevado; otro mas pequeño en primer término. Trofeos, estátuas, etc.

ESCENA PRIMERA.

APIO CLAUDIO sobre un lecho. El AUGUR de pie á su lado, revestido de la trabea y con el lituo en la mano derecha. MARCO CLAUDIO. Esclavos arrodillados y como implorando al cielo. Estos se levantan. Claudio vuelve de su letargo.

AUGUR. Rotas, señor, las turbulentas nubes
ya no silban los vientos desatados,
ni rodando veloz retumba el trueno
ni la atmósfera rasga el ígneo rayo.
Respira al fin, y á la existencia vuelve.

CLAUDIO. Al fin respiro, y triunfo del letargo
que heló mi sangre.
(*Incorporándose en el lecho.*)

AUGUR. Del tonante Jove
tal es el poderío soberano.
A un revolver de sus ardientes ojos
hondo estrépito asorda los espacios,
y el cielo vierte sobre el mar su lumbre,
y álzase el mar al cielo rebramando.
A otra señal los elementos gimen
á sus plantas de nuevo encadenados,
y el cielo copia las azules ondas,
y el mar refleja el brillo de los astros.

CLAUDIO. Al sumo dios que en el olimpo reina
tambien el hombre gime esclavizado.
Mi pecho hervia en el afan mas vivo,
y al terrífico son nuncio de estragos,

desfalleció mi espíritu cobarde.

AUGUR. La alegre fiesta, los solemnes actos,
las ceremonias se interrumpen, tiembla
lleno de susto el corazon mas bravo,
cuando Júpiter muestra sus furores,
extremeciendo chozas y palacios.—
Tú me llamaste, y obediente vine.
¿Qué anhelas?

CLAUDIO. Despejad.
(*Marco y los esclavos se van por la puerta del foro.*)
Augur, reclamo
de tu saber los beneficios.

AUGUR. Habla.

CLAUDIO. Tumba sea tu pecho á mi relato.
Existe una muger que me aborrece
y á quien rendir frenético he jurado;
mas hoy que la privé de humana ayuda,
llevar queriendo mi designio á cabo,
nuevo Tarquino me llamó, Lucrecia
una vez y otra vez sonó en su labio,
y á Jove luego demandó socorro,
y al punto Jove respondió tronando;
y «¡Jove me defiende, tiembla!» dijo,
y temblé... como tiemblo al recordarlo!...
Corro al hogar, ofrezco á mis penates
dulce miel, y á mis plantas la derramo;
huyo de nuevo, y rásgase mi toga;
y corro mas, y cuando llego al atrio,
gira á mi alrededor siniestro buho,
negro can á mi vista pasa ahullando,
y siento al fin mi sangre congelada,
y me roba la vida el fiero espanto!
¿Qué significa mi fatal congoja?
¿qué me dicen augurios tan infaustos?
Rasgue tu ciencia el misterioso velo
que sobre lo futuro estiende el Hado.

AUGUR. Cálmate.

CLAUDIO. Ningun riesgo me amenaza,
¿no es cierto? Sí: lo presumia! Caro

pagará la cuitada el hondo susto
que en fatídico instante me ha causado.
Pronto sin honra bajará á la tumba.

AUGUR. (¡Tan jóven, tan hermosa!)

CLAUDIO. En holocausto
al sumo Jove ofreceré su sangre.

AUGUR. ¡Ay de tí, si ella muere, desdichado!

CLAUDIO. ¡Oh! ¿qué pronuncias?

AUGUR. El funesto augurio
es ya á mis ojos como el dia claro.

CLAUDIO. ¿Qué tardas? Habla; esplícate!...

AUGUR. La vida
de esa muger que el repetido halago
supo esquivar impávida, á la tuya
ligada está por invisible lazo.
Será su muerte de tu muerte anuncio,
y entre ambas mediará muy breve espacio.

CLAUDIO. ¡Qué horror! ¿Será verdad?

AUGUR. Cuando ella muera
tú morirás tambien.

CLAUDIO. ¡Destino aciago!
Pero ¿qué debo recelar?

AUGUR. Las aves
predecian ayer con vuelo y canto
crímen horrendo y sin igual desdicha;
negro aviso tambien de mal cercano
las víctimas al cielo consagradas
ayer á los arúspices mostraron.

CLAUDIO. ¿Y no es posible desatar el nudo
que á ella me liga? ¡Fuerza es desatarlo!

AUGUR. Si cede al fin la cólera del cielo,
serán independientes vuestros hados;
si no cede el furor, y ella sucumbe,
¡ay de Claudio!

CLAUDIO. ¡No sigas!

AUGUR. ¡Ay de Claudio!

(*Váse lentamente por la puerta del foro.*)

ESCENA II.

CLAUDIO, solo; despues MARCO.

CLAUDIO. ¡Oh! Sus palabras, su ademan, su acento
de turbacion mi espíritu han llenado.
«Cuando ella muera, morirás.»—¡Mi vida
es de otra vida esclava!... En vano, en vano
querré salvarme si mortal congoja
se ceba en ella, si imprevisto acaso
abre su tumba.—El moribundo espera;
yo ni aun podré esperar en tal quebranto,
y vivo aún me juzgaré sin vida!
¡Qué ansiedad!... ¡Qué morir tan prolongado!—
Mas ¿qué recelo?... Juventud lozana
presta á Virginia vigoroso encanto.
Aquel semblante en púrpura teñido
salud proclama.... Infatigable avaro
yo miraré en su vida mi tesoro,
y le sabré guardar años y años!...
(*Pausa.*)
Ya no se escucha ni el rumor mas leve...
Sin duda en mi cerebro acalorado
solo existieron tétricas visiones.
¡Aun soy el decenviro... el rey... el amo;
y de Virginia triunfaré!.. Mañana
calmará su dolor el brillo, el fasto.
¿Yo desistir? Mi voluntad no cede.
¡Yo por doncella mísera humillado!...
Álcese el pueblo en impotente saña:
fiero leon dispersará el rebaño.
Ruja otra vez la tempestad, ¿qué importa?
¡Aun soy el decenviro... aun puedo... aun mando!
Marco.
(*Acercándose resueltamente á la puerta del foro.*)

MARCO. Señor.
(*Entrando por el mismo sitio.*)

CLAUDIO. ¿Qué hiciste?

MARCO. Al campamento

ha partido veloz nuevo legado,
y una vez en el Álgido Virginio,
intentará sin fruto abandonarlo.

CLAUDIO. ¿Y á mi guardia severo previniste?...

MARCO. Que solo entrar no vede á quien del campo
algun mensage traiga.

CLAUDIO. Corre, y torna
con Virginia á este sitio. Escucha, Marco.
(*Marco se detiene.*)
Si el juicio al fin se verifica, y eres
de esa doncella dueño declarado,
hasta que yo la guarde, de su vida
tú me responderás. Ni leve daño
sufra Virginia si la tuya aprecias.

MARCO. Fia en mí.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

CLAUDIO. ¡Venceré! No amor liviano
á Claudió avasalló; pasion mas grande
le embravece: el despecho! ¿Triunfa acaso
débil arbusto de huracán soberbio
á cuyo fuerte empuje el monte es llano?
Héla aquí.

ESCENA III.

APIO CLAUDIO. VIRGINIA, que cruzada de brazos se adelanta hácia el proscenio. MARCO y dos esclavos, que á una seña de CLAUDIO se retiran por la puerta del foro.

CLAUDIO. Ya lo ves: nadie te ampara;
aquí todo obedece mi mandato;
sola estás.

VIRGINIA. El pudor está conmigo.

CLAUDIO. No lograrás enfurecerme: te amo.

VIRGINIA. Pruébalo.

CLAUDIO. ¿De qué modo?

VIRGINIA. El sacrificio
es del amor inseparable hermano.
Renuncia á tu propósito; respeta
á la muger amada.

CLAUDIO. Nunca el dardo
en su rápido vuelo retrocede :
tal es mi voluntad.

VIRGINIA. ¿Y así obcecado,
su cólera tremenda desafias,
el aviso del cielo despreciando ?
Sé clemente una vez, si humanos padres
y no insensibles fieras te engendraron :
benigno cede, ó teme que los dioses
borren hasta la huella de tus pasos.

CLAUDIO. ¡ Loca audacia ! ¿Qué esperas ? ¿ Qué presumes ?
¿Qué te propones ?

VIRGINIA. Sucumbir lidiando.

CLAUDIO. ¿ Morir deseas ?...
(*Como recordando el pronóstico del augur.*)

VIRGINIA. Cuando amada vivo,
¿cómo no amar la vida? Claudio, Claudio,
¿ por qué te privas del mayor deleite
que ennobleció jamás un pecho humano ?
¡ Llanto ageno secar ! La propia dicha
con la agena se labra.

CLAUDIO. ¿En lloro amargo
trocada miro la altivez ?

VIRGINIA. ¿Qué fuera
de quien padece en triste desamparo,
si como airada tempestad su lluvia
no tuviese el dolor su amigo llanto?

CLAUDIO. ¿ Cómo vencer tu repugnancia, cómo
tu afecto conseguir ?

VIRGINIA. Puedes lograrlo.
Existe una mansion donde mi vida
libre corrió de aleve sobresalto.
Mi madre unidos prodigóme en ella
tiernas caricias y preceptos sabios.
Allí mi boca en su postrer aliento
su espíritu bebió ; mi yerta mano
cerró sus ojos, y por cuatro veces
con lacrimoso acento la llamamos !
Aquel recinto venturoso un dia,

aun yace en sus virtudes impregnado,
y aquel ambiente próvida perfuma
la flor eterna de recuerdo santo.
Condúceme tú propio á tal morada,
y puro afecto lograrás en cambio,
que es perdonar en la muger trofeo,
y borra un beneficio mil agravios.

CLAUDIO. ¿Dejar que libre á tu morada vuelvas?
¿Unida verte á mi feliz contrario?
¡Para que vuestro júbilo me insulte!
¡Locura fué tan solo imaginarlo!
Arda su pecho en cancerosa envidia,
sufra la pena del Talion, calmando
con su rabia mi rabia. Roma entera
llorará tu desden. Sierva de Marco
te compraré á tu dueño: de mi vista
nunca te apartarás; ¡siempre á mi lado!

VIRGINIA. ¡Hazañas dignas de memoria eterna!
Yo desde luego tu heroismo aplaudo.
Siga rigiendo en la potente Roma
tan recto juez, caudillo tan bizarro,
y el pueblo rey que amenazaba al mundo,
siervo se arrastrará de pueblo estraño.
Gozarte ansioso en el dolor ageno,
recurrir á encubierto asesinato,
cebar tu saña en tímida doncella;
las leyes que tú mismo has sancionado
pérfido hollar, juzgarte valeroso
cuando te cerca bélico aparato,
¡oh, sí; de tantos portentosos hechos
ciñe tu frente el envidiable lauro!
Pero en la cumbre del poder te miras
á desventura eterna condenado,
porque á sí propia la maldad se hiere,
porque al hacer temblar, tiembla el tirano!

CLAUDIO. En breve los excesos que me imputas
verás en justa pena realizados.
Esto exige mi amor.

VIRGINIA. Maldito sea

amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO. Icilio morirá.

VIRGINIA. Con honra espire.

CLAUDIO. Será tu padre de mi furia blanco.

VIRGINIA. Mátele el golpe de enemiga saña,
y no el dolor de verse deshonrado.

CLAUDIO. ¿Por qué desdeñas á propicia suerte?
Pronuncia un sí, pronúncialo, y ufano
rompo tus hierros y te doy riquezas,
poder! Un nó te abismará en el fango.
Responde.

VIRGINIA. No.

CLAUDIO. Tu desventura labras.

VIRGINIA. Mil veces no.

CLAUDIO. Si galardon mas alto
codicias, habla, pide y Roma es tuya.

VIRGINIA. Fácilmente se otorga un bien robado.

CLAUDIO. Pues de la tumba ó mia.

VIRGINIA. De la tumba.

CLAUDIO. ¡Al punto!
(*Dirigiéndose hácia la puerta del foro.*)

VIRGINIA. Corre que impaciente aguardo.

CLAUDIO. Piénsalo bien. ¡La muerte! (*Deteniéndose.*)

VIRGINIA. Soy romana.

CLAUDIO. Pierdes la vida.

VIRGINIA. La inocencia salvo.

CLAUDIO. Mia serás aunque el averno mismo
te dé favor.
(*Con arranque de ciego furor.*)

VIRGINIA. Jamás. (*Retirándose.*)

CLAUDIO. Pronto en mis brazos....
(*Dirigiéndose á ella furioso.*)

VIRGINIA. Un paso mas, y abrazas un cadáver!
(*Levantando sobre su pecho el puñal que Icilio le dió en el acto anterior.*)

CLAUDIO. ¡Qué miro!.. ¡Horror! Detente. (*Retrocediendo.*)

VIRGINIA. ¡Un solo paso!
(*En la misma actitud.*)

CLAUDIO. ¡Oh; no!... Perdona... ¡Compasion! El hierro

dame... Dámelo.
(*Acercándose á ella como para quitarle el puñal.*)

VIRGINIA. Aparta.
(*Haciendo nuevo ademan de herirse.*)

CLAUDIO. Sí; me aparto.
(*Retrocediendo otra vez.*)
Tú mandas, tú... Pero del pecho aleja
ese puñal... Lo pido arrodillado... (*Inclinándose.*)
Fingí querer matarte... ¡Vive... vive!..
(*Cayendo completamente de rodillas.*)
¡Ay que si mueres tú!.. ¡Fatal presagio!

VIRGINIA. Que mueras manda el cielo.
(*Dirigiéndose á él como inspirada para darle muerte.*)
¡Ah; no! ¡La vida
es el mayor castigo á los malvados!

VIRGINIO. ¡Hija! (*Dentro.*)

CLAUDIO. ¡Esa voz! (*Levantándose.*)

VIRGINIO. ¡Virginia! (*Dentro.*)

VIRGINIA. ¡Padre!

CLAUDIO. Calla.

VIRGINIA. ¡Padre!
(*Dirigiéndose hácia la puerta del foro*).

CLAUDIO. Tente. (*Deteniéndola.*)

ESCENA IV.

Dichos y VIRGINIO, presentándose en la puerta.

VIRGINIO. ¡Hija mia!

VIRGINIA. ¡Padre amado!
(*Corriendo á precipitarse en los brazos de Virginio.*)

VIRGINIO. ¡Hija del corazon! (*Abrazándola.*)

CLAUDIO. ¡Cielo implacable!

VIRGINIO. Ya no está sola, inicuo: ¡está en mis brazos!

VIRGINIA. Si; te esperaba.

VIRGINIO. Pero no... ¡Virginia!..
(*Apartándola de sí.*)
Habla, responde, sepa un desdichado
si aun te puede abrazar!

VIRGINIA. Por vez primera
me juzgo digna del paterno halago.
VIRGINIO. ¿Triunfar pudiste?.. ¡Desdichada! ¿Cómo?
(*Manifestando duda.*)
VIRGINIA. ¿No vences tú peligros batallando,
que el mas valiente insuperables juzga?
¡Pues yo tambien el riesgo he despreciado,
que el amor á la honra, padre mio,
vence imposibles como el fuego patrio!
VIRGINIO. Vuelve á mi seno, prenda idolatrada.
¡O noble ardor! ¡O esfuerzo sobrehumano!
¿Dónde mas alta gloria? ¿Cuándo un padre
se miró por un hijo mas honrado?
¿Qué importan los dolores padecidos?
Este momento basta á compensarlos!
(*Abrazando á su hija repetidas veces frenético de gozo.*)
VIRGINIA. Envidia el triunfo de las almas puras:
hallar consuelo en el mayor quebranto!
VIRGINIO. Casi me inclino á perdonar el crímen
que tu virtud á conocer me ha dado.
CLAUDIO. ¿Cómo entraste? Responde.
VIRGINIO. Mensagero
del campo me fingí. Luego burlando
la vigilancia de tu guardia...
CLAUDIO. ¿Y osas
confesar que has mentido?
VIRGINIO. ¿Ignora Claudio
cuanto puede su influjo? El mal ejemplo
del magnate corrompe á los vasallos.
(*Con ironia*).
CLAUDIO. ¿A qué viniste?
VIRGINIO. A rescatarla vengo.
(*Señalando á Virginia*).
CLAUDIO. ¿No sabes ya que pertenece á Marco?
VIRGINIO. Basta de torpe disimulo: el crimen
es menos detestable siendo franco.
VIRGINIA. ¡Padre del alma!
VIRGINIO. La traicion te dijo
que no lo soy. ¡Mentira; infame engaño!

¡Soy tu padre: si, si; tu padre! Nunca
lo dudes, hija mia.

VIRGINIA. ¡Yo dudarlo!

VIRGINIO. El que tu infancia coronó de flores,
el que de vanas pompas olvidado
gozó en tu gozo y suspiró contigo
y vivió de tu vida, el que arrostrando
seguro riesgo á defenderte acude,
ese tu padre! ¡Y quieren separarnos!
¿Cómo romper el nudo que nos liga?
Naturaleza eterno lo ha formado.
¿Juzgas tan fácil profanar sus leyes
porque has vencido, las de Roma hollando?
Porque derecho nos robaste y gloria,
¿pretendes hoy el corazon robarnos?
Porque en la tierra dominar pudiste,
¿quieres al cielo mismo hacer esclavo?
No te detengas. ¡Adelante! Sube...
¡Tu caida será desde mas alto!

CLAUDIO. Nunca supuse que existiera un hombre
capaz de cometer tal desacato.

VIRGINIO. Yo nunca presumí que llegaría
tiempo tan azaroso, tan infausto,
que ni puede llamarse el libre libre,
ni padre el padre!

CLAUDIO. Tu furor calmando,
quien soy recuerda.
(*En tono de amenaza*).

VIRGINIA. ¡A su venganza expuesto!
¿Cómo he podido, cielos, olvidarlo?
(*Atemorizada por el ademan y acento de Claudio*)
Huye, déjame.

VIRGINIO. Nunca los peligros
en las sangrientas lides me arredraron.
Merezca el hijo al amoroso padre
lo que debió la patria al buen soldado!

CLAUDIO. ¡Ay de la patria que rebeldes nutre!

VIRGINIO. ¡Ay si depone el miedo, recordando
que siempre fué la horrenda tiranía
férreo coloso en pedestal de barro!

CLAUDIO. ¡Basta! ¡Lictores, acudid!
(*Acercándose á la puerta del foro. Se oye confuso rumor de voces.*)
VIRGINIO. Escucha.
CLAUDIO. ¿Qué significa?...
VIRGINIO. Reconoce, insano,
la voz del pueblo que nos presta auxilio.
CLAUDIO. Mientes.

ESCENA V.

Dichos, MARCO CLAUDIO, despues ICILIO y AULO.

MARCO. Señor, el pueblo amotinado
á las puertas se agolpa.
VIRGINIA. ¡Oh gozo!
CLAUDIO. ¡Oh rabia!
VOCES DENTRO. ¡Virginia! ¡El juicio!
CLAUDIO. Al punto, dispersadlo.
MARCO. Fuera empresa arriesgada. Hablarte quieren.
CLAUDIO. Solo á dos por la plebe designados
conduce á este lugar.
(*Vase Marco precipitadamente por la puerta del foro.*)
VIRGINIO. ¡Lo ves, soberbio!
Roma alienta de nuevo: estoy vengado.
(*Nuevos rumores*)
CLAUDIO. Yo en su furor encuentro mi delicia,
que asi mas gloria al reprimirla gano.
Esa voz es el último quejido
que lanza el moribundo entre mis manos.
VIRGINIO. Ese rumor que tu coraje irrita,
anuncia que volvió de su desmayo;
y el despertar de un pueblo es mas terrible
á medida que el sueño fue mas largo!
VIRGINIA. ¡Icilio!
(*Icilio, Aulo y Marco entran por la puerta del foro.*)
ICILIO. Roma por mi voz te ordena
que des al punto libertad á entrambos.
AULO. Que sin demora se celebre el juicio.

CLAUDIO. Pues bien, salid; y al juicio preparaos.
(*Fuera de sí.*)
ICILIO. ¡Al foro, al foro!
CLAUDIO. A mis clientes arma;
al foro mis lictores, mis soldados.
VIRGINIO. ¿Quieres la guerra?
CLAUDIO. Cuenta mis secuaces.
¿Quiénes serán allí tus partidarios?
VIRGINIO. La juventud y la vejez unidas.
VIRGINIA. Los padres y los hijos, sublevados
al grito del amor!
ICILIO. Pronto verémos
(*Acercándose á Claudio.*)
si en Roma alientan siervos ó romanos.
VIRGINIA. Pronto en el juicio, de mi tierna madre
(*Acercándose tambien al decenviro.*)
verás sin mancha el nombre calumniado!
VIRGINIO. Si, fementido: la calumnia es nube
y la inocencia sol que brilla al cabo!
(*Imitando el movimiento de Icilio y Virginia.*)
VOCES DENTRO. ¡Virginia! ¡El juicio!
ICILIO. Tu castigo empieza.
CLAUDIO. Salid.
VIRGINIA. ¡Con honra entré; con honra salgo!
(*Virginio, amenazando todavia á Claudio con la mirada, se dirige hácia la puerta del foro seguido de su hija, Icilio y Aulo. El decenviro, teniendo á Marco á su espalda, permanece colérico en el centro del escenario, señalándoles la puerta de salida con el brazo derecho.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Foro romano.—En el centro la tribuna.

ESCENA PRIMERA.

Pueblo ocupando el ala derecha del escenario.—VIRGINIA, CAMILA y otras dos mugeres en el lado opuesto, de rodillas y en actitud suplicante. Las cuatro visten trage de luto.—VIRGINIO, ICILIO (enlutados tambien) y AULO ocupan el centro.—El primero, con una corona de encina en la cabeza, estará mas cercano al proscenio y como llamando la atencion hácia el grupo que forma su hija con las que la acompañan. El pueblo dá muestras de abatimiento, y parece esquivar las miradas de Virginio.

VIRGINIO. Pueblo romano, tu favor implora
enlutada familia. Atroz vileza
del pacífico hogar de mis abuelos,
para siempre tal vez la dicha aleja.
Nunca ignoré que mancha el beneficio
la vana ostentacion que lo recuerda;
mas no lo mancha el infortunio honrado
cuando á la gratitud gimiendo apela.
Yo vengo ¡oh pueblo! á recordar los mios;
que á extremo tal mi desventura llega.
Lucio Virginio soy: ni leve falta
turba la eterna paz de mi conciencia.
Si á Roma supe defender, mi sangre
enrojeciendo el campo os lo demuestra.
Con oro y plata, generosa un dia,
Roma ciñó mi frente en recompensa
de haber salvado el campamento amigo,
y rendido enemiga fortaleza.
Tambien gané la veneranda encina
que en la corona cívica se ostenta.
Miradla: os dice que salvé á un romano,
matando á su enemigo en la refriega.
Hé aquí mis hechos: defender la patria,
y amar á mi familia.—¿Se me niega
el patrocinio que reclamo? ¡Todos
sabeis por qué! ¿Ninguno me contesta?

AULO. ¡Cómo! ¿Los que antes con gallardo intento

á Claudio amenazaban á las puertas
de su propia guarida, al ver que algunos
en su poder cayeron, porque elevan
cien lictores las fasces y el soldado
con duelo el hierro envilecido muestra,—
ya retroceden, y la frente inclinan
para besar la planta que los huella?
(*Levántase Virginia y se dirige al grupo de la derecha.*)

VIRGINIA. ¡Oh hermanas mias! Recordad que siempre
visteis en mí querida compañera,
y á vuestro lado visité los templos
y presencié los ritos y las fiestas.
¿Consentiréis que la traicion me prive
de cuanto amé desde la edad mas tierna?

ICILIO. Y si al ageno llanto no te apiadas,
mira, pueblo infeliz, tu propia mengua:
los ojos vuelve al lastimoso aspecto
que la ciudad de Rómulo presenta.
Los decenviros, que formando leyes
á no cumplirlas aprendieron, huellan
los mas santos derechos; nuestra gloria
hundida yace en afrentosa guerra,
y el valiente adalid ríndese ufano
por humillar al gefe que detesta.
Y... ¿lo pudisteis olvidar?... Sicinio
víctima fué de la traicion mas negra.
¡Venganza piden sus airados manes
vagando sin cesar en noche eterna!
¿Es este, es este el valeroso pueblo
á quien Bruto legó tan rica herencia?
¿Cayó Tarquino, y tolerais humildes
que diez tiranos su rigor ejerzan?
No porque se alce con distinto nombre,
el malvado opresor de serlo deja,
ni la execrable servidumbre acaba
porque á un solo tirano diez sucedan.

VIRGINIO. Decid: ¿ninguno de vosotros llora
torpe desman, injusta vïolencia
del que hoy me agravia? A su apetito ciego

ya no tienen las vírgenes defensa
en el santo pudor; ni ya el marido,
recelando traidora estratagema,
en la virtud de su muger descansa,
ni ya los padres con sus hijos cuentan.
¡Ya el amor en zozobra se convierte,
y es don funesto el don de la belleza!

VIRGINIA. ¡Oh, sí; temblad: la desventura mia
es infalible anuncio de la vuestra!
Abraza, Emilia, á tu adorado padre,
(*Impeliendo á una jóven para que abrace á su padre.*)
que mañana, infeliz, tal vez le pierdas!
¡Abrázalos, Octavia: aun son tus hijos;
(*Levantando en sus brazos á un niño y arrojándolo en los de Octavia.*)
pero acaso muy pronto no lo sean!

EMILIA. ¡Padre!
(*Abrazando al anciano*)

OCTAVIA. ¡Hijos mios!
(*Extrechando al niño que le ha dado Virginia, y á otro que tiene á su lado.*)

VIRGINIA. ¡Silvia, hoy eres libre;
quizá en esclava hoy mismo te conviertan!

SILVIA. ¡Nunca!

VIRGINIA. ¿Llorais? Oh amigas, en mi pecho
cae vuestro llanto y su amargura templa.

SILVIA. ¡Virginia!... (*Abrazándola.*)

OCTAVIA. Claudio en nuestro mal se goza.

EMILIA. Y á todas nos ofende al ofenderla.

VIRGINIA. ¡Pronto en el juicio, al verme sin apoyo,
se burlará de mi afliccion!

SILVIA. ¡No temas!
Si los romanos tu clamor desoyen,
para que libre y casta permanezcas,
á darte ayuda y reclamar justicia
las mugeres de Roma están dispuestas.

ICILIO. Ellas os dan ejemplo.

VIRGINIO. ¡Cuántas veces
arriesgando mi vida por la agena,

dichoso me juzgué! Contad, amigos,
mis cicatrices. Marcio, ¿no te acuerdas?
Yo me interpuse á recibir el golpe
que, al verte herido y solo en la pelea,
fiero enemigo te asestaba. Mira
la señal que en mi pecho se conserva.

MARCIO. Bien lo recuerdo, generoso amigo;
y si agotó la ancianidad mis fuerzas,
hoy á tu lado ocupará mi puesto
quien te debe de un padre la existencia.

DECIO. Tú me salvaste de horfandad impía:
consiga yo satisfacer tal deuda.

ICILIO. Y tambien recordad que un tiempo Icilio
fué tribuno leal. Yo vuestras quejas
apoyé en el Senado; yo el derecho
del pobre defendí; yo, la soberbia
del senador y el cónsul refrenando,
hice que el pueblo respetado fuera.

MARCIO. Todos á Claudio pedirán justicia.

PUEBLO. Todos.

AULO. El pueblo generoso os premia.

VIRGINIA. ¡Oh dicha!

CAMILA. ¡Oh dioses!

MARCIO. Amparar debemos
al soldado.

DECIO. ¡Al tribuno!

SILVIA. ¡A la doncella!

SERVILIO. ¡Basta de infame cobardía!

MARCIO. ¡Tiemble
el que agotó de Roma la paciencia!

VIRGINIO. Al fin os reconozco. ¡Sois romanos!
(*Abrazando á varios.*)
Esa bizarra indignacion lo prueba.

VIRGINIA. ¡Padre mio!
(*Viendo venir á Claudio.*)

VIRGINIO. ¡Valor!

ICILIO. ¡Llegó el instante!

VIRGINIO. ¡Roma, sé Roma!

ICILIO. Tu señor se acerca.

ESCENA ULTIMA.

Dichos. APIO CLAUDIO que toma asiento en la tribuna.—MARCO CLAUDIO que con sus esclavos permanece entre la multitud.—Clientes de APIO.—Lictores y soldados.—Varios de los primeros se colocan á espaldas de CLAUDIO. Los demás se sitúan al pié de la tribuna, y en el ala derecha y foro del escenario.

CLAUDIO. Pueblo romano, el deplorable juicio
que motiva tu asombro y tu impaciencia,
á comenzarse va. Cual siempre dócil,
congeturas inútiles desecha,
y en fiel balanza, silencioso el labio,
de entrambas partes las razones pesa.—
Aquí donde tan ínclitos varones
su rectitud mostraron y su ciencia;
en este sitio, donde el rayo hermoso
de la verdad disipa las tinieblas
del negro error, el decenviro Claudio
ofrece culto á la divina Astrea.
Marco, Virginio, hablad.

MARCO. Pretendo solo
que al punto á mi poder Virginia vuelva.
(*Adelantándose.*)

VIRGINIO. Ni estuvo en su poder, ni tú lo ignoras,
ni encontrarás en Roma quien lo crea.

CLAUDIO. Con mas cordura las palabras mide.

VIRGINIO. A herir de frente la batalla enseña.

CLAUDIO. El juramento que la ley reclama,
ambos prestad sin dilacion.

MARCO. Le presta
de no mentir mi labio.

VIRGINIO. El mio jura
que al jurar no mentir, mintió su lengua.

CLAUDIO. ¡Virginio!

VIRGINIO. Juro en la verdad fundarme,
y la calumnia confundir con ella.

CLAUDIO. ¿Cuándo he sido, decídselo vosotros,
(*Dirigiéndose al pueblo.*)
para con él avaro de clemencia?
¿Quién resolvió que se aplazase el juicio,

para evitar que desde luego sierva
suspirara Virginia?—Y tú ¿qué hiciste?
Pagar el beneficio con la ofensa.—
Alcen de nuevo atronadoras voces
imputándome excesos y vilezas;
clamen de nuevo que á Virginia adoro
y que Virginia mi pasion desdeña...
No importa: exento de cobarde saña,
el recto juez á sentenciar se apresta.

VIRGINIA. Si así tu acento á la mentira otorgas,
sobornada verdad, ¡maldita seas!

MARCO. Momentos antes de morir, su fraude
mi esclava consignó.
(*Entregando un papiro á Claudio, que este recorre con la vista.*)

VIRGINIO. Y aunque así fuera,
¿merece en Roma crédito un esclavo?

CLAUDIO. Pruebas escritas Marco me presenta,
pero ninguna tú.

VIRGINIO. Te engañas: lée...

CLAUDIO. ¿Dónde?
(*Interrumpiéndole*).

VIRGINIO. En el corazon de Roma entera.

CLAUDIO. ¿Tienes testigos?
(*A Marco.*)

MARCO. Tres.
(*A una señal suya se adelantan tres ciudadanos.*)

CLAUDIO. Hablad.

UN CIUDADANO. Nos consta,
(*Los tres extienden el brazo derecho.*)
y sostenemos cuanto Marco alega.

CLAUDIO. Son ciudadanos y atestiguan.
(*A Virginio.*)

VIRGINIO. Siervo
es todo el que se vende.

CLAUDIO. Tu insolencia
ya nos agravia á todos.

VIRGINIO. He jurado
decir verdad, y cumplo mi promesa.

VIRGINIA. Otros afirman lo contrario.

CLAUDIO. ¿Quiénes?
CAMILA. Yo, que ví de su madre verdadera
el maternal delirio; ¡amor sublime
que en la menor caricia se revela!
AULO. Yo, sosteniendo que tan solo aspiras
á manchar inclemente su pureza.
ICILIO. Yo, á quien de Roma pérfido ahuyentaste,
para que nunca regresar pudiera.
PUEBLO. ¡Todos! ¡Todos!
CLAUDIO. Benignos ciudadanos,
no vil falacia y súplicas os venzan.
Turbar la paz pretenden. Tal designio
á tiempo supe, y malogré su empresa.
(*Señalando á los soldados que rodean el foro.*)
Claudio los compadece; el juez, de Marco
vé la razon, y en su favor sentencia.
(*Movimiento general de indignacion. Rumores prolongados.*)
VIRGINIA. ¡Álzate de la tumba, madre mia,
ó den por tí los númenes respuesta!
ICILIO. Feroz tan solo te juzgué; de astuto
(*Irónicamente.*)
fama tambien mereces duradera.
Siempre será modelo de tiranos
el que tigre y raposo á un tiempo sea.
CLAUDIO. ¡Ay de tí, miserable!
VIRGINIO. ¡Y no hay remedio!
¿De la que es hija mia te apoderas?
CLAUDIO. ¡Culpable obstinacion! Si en este engaño
has sido tú la víctima primera,
¿cómo puedes saber que es hija tuya?
VIRGINIO. ¡Cómo lo sé pregunta! ¡Si os dijeran
(*Dirigiéndose al pueblo.*)
que no sois padres de los hijos vuestros,
hijos de vuestros padres, ¿lo creyerais?
PUEBLO. ¡Nunca! ¡Jamás!
VIRGINIO. Para mayor victoria,
resuelve que me juzgue una asamblea
de padres de familia, y un suspiro
será en mi abono irrecusable prueba.

¡Cómo lo sé! Desventurado, ¿ignoras
que siempre fué verdad la voz secreta
con que á los tiernos corazones habla,
fuente de vivo amor, naturaleza?
¡Yo en mis entrañas resonar la escucho!
¡Hija!

VIRGINIA. ¡Padre!
(*Corriendo á precipitarse en sus brazos.*)

VIRGINIO. ¿Lo ves? ¡Vana cautela!
Mi corazon es corazon de padre.
¡Cómo lo sé! ¿No basta que lo sienta?

VIRGINIA. Duélete de sus canas. ¿Tienes hijos?
Esta infeliz por ellos te lo ruega.

CLAUDIO. Yo solo atiendo á mi deber.

VIRGINIA. ¿Qué dije?
¡Hijos tú, Claudio!.. La justicia eterna
no pudo concedérselos al hombre
que á los demás robárselos intenta.

CLAUDIO. Basta. Virginia pertenece á Marco.
No yo, las doce tablas la condenan.
(*Nuevos rumores y gran movimiento en el pueblo.*)

VIRGINIO. ¡Bárbaro!

CLAUDIO. ¿Lo escuchais?

SILVIA. ¡Defiende un hijo!

VIRGINIO. ¿Qué puedo ya temer?

CLAUDIO. ¡La muerte!

VIRGINIO. Venga.
La vida, infames, adorad vosotros
que otra cosa no amais sobre la tierra.

CLAUDIO. Apoderaos de Virginia.
(*A los lictores, que se adelantan hácia ella.*)

ICILIO. ¡Amigos!

VIRGINIO. ¡En vano arrebatármela deseas!
(*Cogiendo convulsivamente á su hija, y como procurando ocultarla entre sus brazos.*)

CLAUDIO. La ley, la ley te la arrebata.

ICILIO. Siempre
la invoca mas quien menos la respeta.
(*El pueblo toma una actitud amenazadora.*)

CLAUDIO. ¿Quién duda ya que perturbar pretenden

la santa paz que afianzó mi diestra?

VIRGINIO. Santa es la paz que en el amor se funda,
no la que el crímen y el terror engendran!

ICILIO. Vuestra haceis la maldad si Claudio vence!
(*Al pueblo.*)

PUEBLO. ¡No! ¡No!

CLAUDIO. La plebe dispersad y mueran.
(*Los lictores acometen á la multitud, que retrocede.*)

VIRGINIA. ¡Cielo!

ICILIO. ¿Y así me abandonais? (*Al pueblo.*)

CLAUDIO. ¡Lictores!
(*Los lictores rodean á Icilio, Virginio y Aulo.*)

VIRGINIO. ¿No hay ya padres en Roma?

ICILIO. Solo quedan
siervos en Roma.

CLAUDIO. Aprisionadlos. Pronto
(*Los lictores separan de la multitud á los tres, llevándolos á la derecha del teatro.*)
sufrirán el castigo.
(*Abatimiento general.—Pausa.*)

VIRGINIA. ¿Es esta, es esta
(*Con enérgica desesperacion.*)
vuestra justicia, ó dioses? Triunfa el malo,
sucumbe el bueno; y dejaréis que pierda
familia, honor, la libertad que adoro
y hierve altiva dentro de mis venas!
¡Icilio!... ¡Padre!... ¡Roma! La justicia
huyó á la vez del cielo y de la tierra.

CLAUDIO. Llevadla.
(*Los lictores dan un paso hácia Virginia, y se detienen cuando empieza á hablar Virginio.*)

VIRGINIA. ¡Y nadie me defiende! ¡Nadie!
(*Mirando en torno suyo.*)

VIRGINIO. ¡Hija del corazon!
(*Clavando los ojos en Virginia. Despues hace un gran esfuerzo sobre sí mismo y se dirije á Claudio.*)
¿Acaso anhelas
verme á tus pies rendido? ¡Claudio, el hombre
sucumbe al padre... y gime... y se prosterna!
(*Cayendo de rodillas.*)

Mas tú, corona que debí á la patria,
(*Quitándosela.*)
huye de mí con toda tu pureza.
¡No cual las canas que ensalzaste un dia,
á los pies de un tirano te envilezcas!
(*Arrojándola al suelo.*)
¿Qué digo?... ¡Ay triste!... ¡Compasion; y al punto
confesará mi voz, si tú lo ordenas,
que has sentenciado justo, que Virginia
á Marco pertenece; pero piensa
que por hija la tuve, que la adoro,
que es hija mia, aun cuando no lo sea!

VIRGINIA. Virginio el rayo de las arduas lides,
(*Dirigiéndose á Claudio.*)
sangre del alma llora en ancha vena,
¿y tu rencor no cede?—¡Claudio! mira
cómo la madre recelosa estrecha
al tierno hijuelo que su cuello oprime,
y por instinto con horror te observa.
¡Cómo triunfó la indignacion del miedo!
¡Todo suspira,... ó amenaza,... ó tiembla!
¿Y tú insensible permaneces?

CLAUDIO. Marco
ponga fin si le place á tu querella.

MARCIO. Pues bien, si Marco de Virginia es dueño,
véndasela á Virginio.

PUEBLO. ¡Que la venda!

DECIO. ¡Yo mis bienes le ofrezco!

SILVIA. ¡Yo los mios!

SERVILIO. ¡Yo todos mis rebaños!

MARCIO. ¡Yo mis tierras!

CLAUDIO. Decide. (*A Marco.*)

MARCO. No la vendo.

CAMILA. ¡Infausto dia!

SILVIA. Padre no tengo. Acéptame por ella.

VIRGINIO. ¡Yo el esclavo seré! Mi nombre infama
con vil castigo, con horrible afrenta,
y sálvese Virginia!...

MARCO. El decenviro
ya sentenció; su dueño la conserva.

CLAUDIO. Del foro, pues, arráncala. Obedece
al que es ya tu señor, rebelde sierva.

VIRGINIO. ¿Persistes en robármela? Responde:
(*Como tomando una resolucion.*)
te lo pregunto por la vez postrera.

CLAUDIO. Llevadla.

VIRGINIO. Cedo... y tu justicia acato.
Pero Virginio humilde te lo ruega...
permite al menos que la abrace.

CLAUDIO. Al punto
dejad, lictores, que abrazarla pueda.

(*Los lictores se separan de Virginio. Este se dirige hácia Virginia, que le sale al encuentro, y expresa con la voz y la actitud que ha comprendido el pensamiento de su padre.*)

VIRGINIA. ¡Padre!

VIRGINIO. ¡Virginia!

VIRGINIA. Te comprendo.

VIRGINIO. Falta
hierro á mi mano.

VIRGINIA. Ten. Mi frente besa,
(*Dándole el puñal que conserva en su poder desde el acto 3.º*)
y acaba.

VIRGINIO. ¡Horrible acero!

VIRGINIA. ¿Eres mi padre?

VIRGINIO. ¿Lo dudas tú?

VIRGINIA. Lo dudaré, si tiemblas.

VIRGINIO. ¡Valor!

VIRGINIA. Mi madre á recibirme en triunfo
se prepara!...

VIRGINIO. ¡Hija mia! (*Besándola en la frente.*)

VIRGINIA. ¡Es fuerza!
(*Cubriéndose el rostro con el manto.*)

VIRGINIO. ¡Es fuerza!
(*Clavando el puñal en el pecho de su hija.*)

VIRGINIA. ¡Tirano, ya soy libre!...
(*Descubriéndose el rostro, y avanzando algunos pasos hácia Claudio. Despues cae en brazos de su nodriza y de otras mugeres que corren á sostenerla.—Grito general.*)

3 0112 115875780

CLAUDIO. ¡Horror mil veces!
(*Levantándose despavorido, y dando un grito espantoso.*)

ICILIO. ¡Virginia!
(*Corriendo hácia ella, sin que los Lictores puedan detenerlo.*)

VIRGINIA. ¡Icilio!... ¡Adios!... ¡Muero contenta!..
(*Espira.*)

VIRGINIO. ¡Veis como soy su padre!...
(*Levantando en alto el acero, como para mostrar al pueblo la sangre de su hija.*)

CLAUDIO. ¡A mí, Lictores!...
(*Trémulo de espanto. Los lictores rodean la tribuna, sacando las hachas de las fasces.*)

VIRGINIO. ¡Yo al averno consagro tu cabeza,
(*Acercándose á Claudio.*)
por esta sangre! (*Rumores y gritos.*)

ICILIO. Pueblo de Virginia,
acuérdate del pueblo de Lucrecia.

SILVIA. ¡Muera el tirano!...
(*Arrancando la espada á un soldado.*)

ICILIO y AULO. ¡Libertad!...
(*Lanzándose en medio del escenario.*)

VIRGINIO. ¡Venganza!
(*Corriendo á asaltar la tribuna de Claudio.*)

PUEBLO. ¡Muera!
(*Trábase la lucha. Las mugeres toman parte en ella. Varios lictores y soldados caen muertos, y otros son desarmados por la multitud.*)

CLAUDIO. ¡Lictores!
(*De pie en la tribuna y con los brazos abiertos, como queriendo animar á los soldados.*)

GRITOS GENERALES. ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

Virginio é Icilio, seguidos de varios del pueblo, asaltan la tribuna de Claudio, defendida por los lictores, algunos de los cuales caen rendidos á sus golpes. Aulo hiere á Marco. Lucha encarnizada en que el pueblo va quedando vencedor, mientras se repiten los tres últimos gritos. Virginia en los brazos de su nodriza, y otras dos mugeres en un ángulo del escenario. Varias madres solo atienden á salvar á sus hijos.

FIN DE LA TRAGEDIA.